

SEMANARIO POLITICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
Redacción y Administración
ALBERTO AGUILERA, NÚM. 52
Número suelto 10 cts.

EL MOTÍN

SUSCRIPCIÓN
Madrid, 1,50 pts. trimestre, Año 5
Provincias, 1,50 trimestre, Año 6
Ultramar y Extranjero, Año 10
PAGO ADELANTADO
Corresponsales: 25 números 1,50

Año XXX

Madrid, Jueves 7 de Abril de 1910

Núm. 13



LOS TRES OFICIOS QUE PRODUCEN DINERO EN ESPAÑA

Propaganda anticlerical

El lunes se envió á quienes la tenían pedida la primera *Hoja piadosa*, titulada:

"LAS ESCUELAS LAICAS,"

En toda esta semana se servirán los pedidos del folleto:

"LA LUJURIA DEL CLERO,"

Y además la caricatura en cartulina en que aparecía Naken crucificado por los clericales.

Hay que hacer propaganda

En estas mismas columnas he tratado ya del asunto. No hacemos propaganda como la hacen, no sin algún fruto, por desgracia, los católicos, y descuidamos ese deber, dije.

Vaya si lo descuidamos. A cada momento vienen á las redacciones de los periódicos avanzados cartas lacrimosas de individuos que se indignan al ver los incesantes trabajos del jesuitismo. «Han inundado este pueblo de hojas y folletos como los adjuntos (unen las muestras á la misiva); van de casa en casa, invaden los talleres, las escuelas y hasta el casino. Gritan en la calle, vociferan dentro de la Iglesia en sofismas, que titulan sermones, conferencias ó veladas, y á nadie dejan tranquilo. Los liberales estamos indignados.» Bueno ¿y qué?

Es lo menos que podía suceder á ustedes, respetables señores. Díganme, ¿son ustedes todos pobres de solemnidad sin una peseta disponible? ¿No hay siquiera uno con talento para escribir cosa publicable? ¿Se odian mutuamente al extremo de no poder unirse para algo? ¿O tienen cortados los brazos, inútiles las piernas y trabada la lengua? ¿Por ventura ninguno ha llegado á la mayor edad y así no existe ahí liberal dueño de su voluntad, de sus actos y de su dinero?

Porque, hablemos claro; los neos se gastan el suyo, echan el cuerpo fuera, se mueven, trabajan, se agitan, atacan denodadamente, están unidos y disciplinados, tienen paciente perseverancia y no dejan desierta la brecha. ¿Qué cosa impide á ustedes seguir ese mismo camino? ¿Deseáramos saberla.

Vamos á cuentas. ¿Cuál de ustedes, en vista de esa propaganda de los neos, ha ideado proveerse de folletos anticlericales, que los hay, baratos al por mayor; reunir, para pagarlos, dinero de los correligionarios, é inundar de ellos la localidad? Si los clericales propagan su prensa, ustedes podían hacer lo mismo con la anticlerical. Existen Centros en Barcelona, en Madrid y en otras partes, donde podrían informarnos para esta labor con sólo dirigirse á ellos mostrando sus buenos deseos. ¿Que los reaccionarios llevan á un jesuita predicador? Ustedes están en su derecho de llamar á un conferenciante, proporcionarle el

local, y hacer que su voz sea oída. Esto si no hay en ese pueblo un librepensador y orador capaz de ese cometido, y si lo hay, también; dos que hablan hacen más efecto que uno.

¿Por qué no formar una piña de propaganda y de defensa? La ley ofrece recursos para eso y para mucho más. Bien merecía la pena de intentarlo. ¿Han pensado en ello? Probablemente serán ustedes ahí los más, puesto que el catolicismo lo profesan en España los menos, y de éstos ni la mitad con sinceridad; abundan más los fariseos. Pero cien hombres que no se mueven, ni se defienden, valdrán siempre menos que doce ó que diez activos, audaces y valientes que ataquen. Si les conviene más el papel de los sesenta gallegos del apólogo que se dejaron robar en un camino por cuatro facinerosos, porque los sesenta iban solos, allá ustedes, y no se nos vengán contándonos por escrito su indignación pasiva y muda como hicieron los gallegos ante el alcalde.

Lo que se me pudiera responder objetando lo conozo, y también cuanto en ello hay de verdad; es como sigue:

La gente clerical está unida, y el liberalismo dividido. No es del todo exacto. Aunque lo fuera, en cada localidad siempre hay elementos que hasta por propio interés pueden adunarse para un fin común, y así apiñados, ya no será tan fácil á los neos el atacarlos.

No existe una dirección suprema de propaganda que haga y multiplique hojas y libros, que envíe conferenciantes y transmita instrucciones. Verdad desgraciadamente y no poco de culpa les cabe á muchos de los nuestros, no á todos. Mas aquí de la pregunta de Larra: ¿No se escribe porque no se lee, ó no se lee porque no se escribe? ¿Lo han de hacer todo unos pocos? Pregunto á mi vez. Recuérdese el dicho de Ruiz Zorrilla: «Esos españoles, que esperan á que yo les envíe desde París la República en una bandeja, para empezar á sacarle el jugo en seguida con las manitas lavadas...»

Si hubiera muchas y constantes entusiastas reuniones organizadas de liberales enemigos del enemigo común, el clericalismo, pronto sobraría quien se arriesgara á proporcionales elementos de lucha en el terreno legal de la propaganda de ideas. Ahora... ¿Cualquiera se aventura! Precisa algo más que el heroísmo; son muchos los que en eso mar han naufragado. Esto, si no absuelve á los descuidados de arriba de no haber organizado una propaganda anticlerical por la palabra escrita y por la hablada, menos aún justifica la inacción suicida de los que se contentan con indignarse bajo la chimenea, como quiera que aquéllos son los menos y éstos el mayor número.

Ahora las excusas.

El clericalismo cuenta con la protección oficial, nosotros con la hostilidad. Por eso precisamente debéis sumaros, apretaros y haceros respetar por la unión, que es fuerza. De otro modo os mirarán, y ya se tentarán la ropa antes de atacaros; por lo menos os reconocerán beligerancia; ahora os desprecian por débiles y os arrollan, os tienen acorralados.

—Sí, acorralados; dice bien el articulista. Se cierran todas las puertas ante el que se atreve á ponerse frente al clericalismo; se le hace el vacío, tratándole como á un leproso; se le perjudica en el reparto de impuestos; en su industria ú oficio se le quitan parroquianos; es un *boicottage* inicuo y persistente, un aislamiento, una muerte civil horrenda; ¿no es esto infame?

Mucho, ¿quién lo duda? Lo sabemos; y se calumnia, se difama; estamos en ello; sólo que también es certísimo que no sucedería eso con fuertes; se perpetraría con seres débiles, porque están desunidos, é hiriendo á uno los demás no le defienden. Otra cosa sería si os vieran agrupados en haz. Entonces se os unirían muchos que ahora permanecen inactivos; luego otros; al fin constituiríais una fuerza. Para ello el periódico ante todo. Pero lo recibís, los que lo rec ben, como de *occultis* y avergonzados; otros ni aun á eso se atreven. Pues es necesario, después la hoja y el folleto para distribuir la buena nueva cuando ya tuviérais fuerza para que os temieran, que es lo mismo que respetaros.

—Ya; pero ¿y las mujeres? Las han ganado el enemigo; nos vigilan, nos hacen la guerra hasta en la alcoba, nos amargan la vida y nos traicionan.

Ahí os esperaba. Esas mujeres ¿no eran vuestras? ¿Cómo os las habéis dejado arrebatar? Indudablemente por torpeza, por debilidad más grande que la femenil indigna de quien lleva pantalones, y por otra cosa; os han hecho creer, tendiéndos un lazo clerical, que la mujer no religiosa es despreciable y un constante peligro. ¡Vaya! ¿La religión? Cosa de mujeres; dejémoslas ir á la iglesia. Y allí os las han quitado.

Y ¿sois vosotros, los que ni aun habéis sabido conseguir que piense al unísono vuestro la persona más íntimamente unida al cuerpo y al alma? Los que ni en lo íntimo del hogar acortáis á poner armonía mental, ¿sois los que decís tener ideas filosóficas, y de gobierno y noción del Estado? San Pablo había dicho de los sacerdotes hace ya mil novecientos años: «El que no sabe gobernar en casa, ¿cómo ha de intervenir en el régimen de la Iglesia?»

¡Las mujeres! ¿Con que otro las ha secuestrado en vuestras barbas? ¿Con que son más fuertes que vosotros y más hábiles, más constantes, puesto que dentro del hogar sostienen con vosotros una lucha tenaz que no sois capaces de intentar siquiera y ni aun de ponerlos á la defensiva?—Es que no queremos ser tiranuelos domésticos.

Os engañáis. Sin despotismo alguno, el que tiene sentido común consigue que piensen como él al menos en puntos capitales su mujer y sus hijos; lo sé por experiencia propia. ¿Habéis probado á realizar ese fin en tiempo oportuno? Seguramente que no; por eso vivís en plena isla de San Baladrán.

Rotundamente afirmo; cuando hay energías viriles, decisiones, buen sentido, fe en la idea, dignidad propia é independencia, amor puro á la libertad, se hace la unión; y entonces ni la mano oficial si fuese hostil, ni las arterias de los curas y los frailes, ni los arrumacos y astucias de las mujeres, ni nada de este mundo tiene poder bastante para imponerse. No se hace propaganda en la mayoría de las localidades porque.

todo eso falta, es decir, firme voluntad.

Bien, pues a 1 y todo alguien se dispone a una iniciativa en ese sentido. ¿Qué dirán los tímidos entonces? ¿Que no pueden secundarla por miedo a las enaguas?

Hablemos un poco de las condiciones de esa labor de la palabra escrita. Sin rodeos; esa labor ha de ser ante todo y sobre todo anticatólica y a la vez moral y útil. Se nos acusa injustamente de no escribir más que negaciones. Falso.

Quien todo lo que dice constituye negación, es la Iglesia. Sus dogmas, sin exceptuar uno, su disciplina, su milagrería, su culto, su política, su pietismo, no son más que negaciones de la verdad, de lo que existe y tocamos, del orden natural. Nosotros, negando todo eso, afirmamos este orden, cuya existencia es evidente. Ellos, que, como todo el que niega lo que se ve y se toca, están obligados a demostrar su teoría, no la demuestran; nosotros, al rechazar sus negaciones, probamos que no las evidencian y que estamos con la verdad.

Esa verdad contiene una moral, una justicia; nuestras doctrinas no son negaciones del orden moral ni de otro alguno racional. Precisa que deshagamos el eterno equívoco de que los neos viven, a saber: que sin su religión no hay moral ni justicia posible. ¿No la aceptamos? Luego somos unos apaches. ¡Ah, no! Eso va a concluir un día u otro. Hay que evidenciar la anttesis intrínseca entre el catolicismo y la moral y se evidenciará con claridad meridiana.

Anticatólica y anticlerical he dicho. ¿No es el clericalismo el enemigo? ¿Qué arma esgrime? El catolicismo que se ha fraguado; no tiene tampoco otra razón de ser. Cuando todos sepan que ese catolicismo es totalmente una impostura, el clericalismo dará las boqueadas.

La Iglesia ha necesitado de su gran recurso, embrollar las cosas de la religión, a fin de que, fatigado el espíritu, se rindiera por cansancio a creer, siquiera porque esto es más sencillo que razonar e investigar. Así cree al presente entre nosotros todo el que cree; los sabios, aunque vistan sotana, carecen de fe; la fingen por interés; he ahí todo.

Pero nosotros, para poner en luz la falsedad del catolicismo, no necesitamos, como la Iglesia, muchos y grandes volúmenes. Los clericales, esto lo sabe todo el que ha leído las hojas y folletos que distribuyen, no prueban en ellos nada; se limitan a afirmar sus negaciones como les conviene, sin demostrar los fundamentos. En el mismo reducido espacio podemos nosotros hacer evidente que ellos engañan al pueblo.

Por fortuna para este trabajo nuestro, él va con el orden natural y con las aspiraciones innatas en el hombre. El catolicismo siempre procede contra la naturaleza, y, por lo tanto, contra la dicha humana, la libertad, el amor, la paz entre los hombres y el bienestar del individuo, de la familia y de la patria. Por ahí llevamos medio camino ganado.

Ya es hora de hacer algo, oponiendo propaganda a propaganda, libro a libro, hoja a hoja, folleto a folleto; organización a organización, moral justa a moral bastarda, justicia a privilegio, libertad a despotismo, razón a credulidad obusa e irracional, afirmación real a negaciones disimuladas, franqueza a hipocresía.

Y esto se hará, pese a quien pese y

cueste lo que cueste; hay una voluntad firme, ya probada, que al fin se halla en vísperas de realizar este su intento, por largo tiempo deseado y madurado. Pero, ¡por el cielo y sus estrellas! que no se encuentre con la desidia y la pasividad sambalandranesca de los aistados y amedrentados que temen al cura, al cacique y hasta a las faldas de sus mujeres. No hay campaña posible con un solo campeón sin auxiliares.

JOSÉ FERRÁNDIZ

Comentario á ese escrito

Gracias doy a Ferrándiz por ese artículo que ha publicado en *El Progreso*, de Barcelona, ayudando a la labor que he emprendido. Y ya demostraré en todas las formas, contando con él, con Pey Ordeix, con *Cantaclaro*, *Fray Gerundio* y *Gil Blas de Santillana* (cinco curas de talento, cultura, y que la sabia (?) Iglesia ha cometido la gran torpeza de no saber conservar a su lado), y con otras muchas personas de cerebro limpio, que mi voluntad es tan firme como Ferrándiz dice, y que mi entusiasmo está a la altura de tan civilizador propósito.

Respondiendo a perentorias necesidades de la conciencia liberal española, he resuelto sacrificar la tranquilidad relativa que hoy me proporcionaba *EL MOTIN*, y emprender una activa campaña que ponga coto a la osadía clerical, haciendo resurgir en nuestra patria, mejor dicho, haciendo salir de su letargo aquellos entendimientos, aquellos oradores, aquellos centros activísimos, aquellos pechos valerosos, aquellos brazos y aquellos puños hercúleos que escarmenaron tres veces en el pasado siglo la osadía clerical.

Para algunos, las palabras son acciones: así hablan los mudos. Para otros, la acción ha de ser la palabra: así obraron los grandes apóstoles. Unos piensan, otros hablan, otros ejecutan en una acción común; en la finalidad todos los operarios son igualmente meritorios.

Cerca de cincuenta años llevo de combate, ora a la defensiva, ora agrediendo, ora organizando: de estas tres acciones fueron y son armas *EL MOTIN* y los libros que he publicado. Faltaba una nueva acción de *penetración del enemigo*, y esto es lo nuevo de esta etapa de mi actividad presente. Son muchos los clericales que lo son por ignorancia del mal que ejecutan, y se hallan prevenidos por los artificios clericales contra la propaganda que podría arrancarlos del error.

Para retenerles en su secuestro, la Iglesia hace funcionar su Inquisición, que hoy se agita contra lo que llama *ella Prensa Mala*, contra las escuelas *sin su Dios*, contra los centros que rivalizan con el templo y contra los campeones del movimiento ant clerical.

Para romper ese secuestro en que tienen a los suyos, he creado la nueva

sección de *Hojitas y Folletos*, escritos para *convertir católicos*, y cuya fecundidad dependerá del celo y tino de los librepensadores que en cada localidad aprovechen las oportunidades para la distribución. Yo pongo la *semilla* a disposición de los sembradores; éstos sabrán echarla en el terreno apropiado y en la sazón oportuna.

Cuando esté encauzada esta acción, que seguramente desconcertará y desesperará al enemigo, vendrán otras acciones no menos necesarias y eficaces.

Cada *Hojita* ha de ser un tiro de fusil que cause una baja al *enemigo*; cada *Folleto*, una bala rasa; cada libro, una *batalla*.

Alma, centro y nervio de esta guerra es *EL MOTIN*, que seguirá al día la palpitación de la lucha, acudiendo a los puntos necesarios como columna volante.

Y así, mi vejez se consumirá en el trabajo, y buscaré la tranquilidad en el espectáculo grandioso de la batalla....

Hasta ahora solamente he lanzado el primer folleto, *La vuelta de Cristo*, y la primer *Hojita*, titulada *Las escenas laicas*; y, dicho sea en honra del anticlericalismo español, la realidad ha excedido en mucho a las esperanzas que yo abrigaba: diez mil folletos tiré de los primeros, y en cuatro días desaparecieron; sesenta mil de las segundas, y se está preparando otra edición.

Esto me ha planteado un problema: el de que, no estando preparado financieramente para unas tiradas tan largas, no voy a poder hacerlas tan extensas como es necesario para que me salgan baratas, a fin de que se vayan costando las unas con el producto de las otras.

¿Cómo resolver este problema sin molestar a nadie? Muy sencillamente. Anticipando la realización de una idea que halago desde hace varios años: la de no publicar sino libros de *a peseta*, a fin de facilitar su adquisición, puesto que se trata de propaganda, no de lucro; ya tengo cinco estereotipados, que publicaré *a peseta* cuanto pueda imprimirlos.

Los que hoy poseo, y que se venden bien, lo mismo en España que en América, comencé a publicarlos estando en la cárcel, para poder ir tirando; por esto les puse los precios corrientes en los de su clase: *tres pesetas*. Y he pensado ahora: ¿Por qué no dar desde luego éstos *a peseta*, ya que en adelante voy a fijarles a todos ese precio? Costearse, se han costado ya; de manera que todo cuanto saque podré dedicarlo a publicar *Folletos y Hojitas*. ¿A qué discutir el más o el menos de la ganancia?

Daré, pues, *a peseta* cada uno de mis libros al que me envíe esa cantidad, y además 25 céntimos para el certificado. El franqueo correrá por mi cuenta. (Hay que advertir que el certificado lo mismo sirve para un libro, que para un paquete que pese cuatro kilos.)

Y daré también á peseta la célebre y demoledora obra *La Religión al alcance de todos*, de la que llevo vendidos, á dos pesetas, cincuenta y dos mil ejemplares, y que es de venta constante y segura.

Quedamos, pues, en que desde hoy venderé de este modo los libros que almaceno:

DE TRES PESETAS TOMO, Á UNA

Muestras de mi estilo.—Cuadros de misa.—Degradaciones y cobardías.—Puñado de ironías.—Humorismo anticlerical.—Cartas y dedicatorias.—Mi paso por la Cárcel, todas mías, como son mías éstas:

TEATRALES, DE PESETA EL TOMO, Á 30 CÉNTIMOS

Dios, Patria y Rey.—Y dice el sexto mandamiento.—¡Ojo al Cristo!

DE CINCO PESETAS, Á DOS

La Iglesia y la moral (dos tomos), por Laurent.

DE CINCO PESETAS, Á UNA

Moral jesuítica, por el P. Sánchez, de la Compañía de Jesús.

DE TRES PESETAS, Á UNA

Coba, por Luis Bonafoux.

DE DOS PESETAS, Á PESETA (ENCUADERNADA, 1,50)

La religión al alcance de todos, por Ibarreta.

DE DOS PESETAS, Á 0,75 CÉNTIMOS

El compadre Mateo, por Pigault-Lebrun.

Gente nueva, por Luis París.

La religión natural, por Meslier.

El Testamento del cura Juan Meslier.

DE UNA PESETA, Á 30 CÉNTIMOS

La Serpiente Negra.

La Sina de Igúzquiza.

Tigre tonsurado.

El Voto de Castidad.

El dios Baco, por varios autores.

DE 60 CÉNTIMOS, Á 0,25

A dónde conduce el socialismo, por Eugenio Ritcher.

De todas estas ventajas quedarán excluidos los libreros, á quienes seguiré dando mis libros con los descuentos acostumbrados. Como mi objeto es que circulen mucho por lo baratos, y ellos tendrían que venderlos á los precios de cubierta, no conseguiría yo mi objeto, y á ellos les introduciría esa reforma cierta complicación en sus relaciones comerciales con el público.

Y para que ellos puedan ir haciendo su negocio en las condiciones que tienen establecidas, y yo no me prive de realizar mi propósito, he ideado lo siguiente: poner en cada tomo de los que venda á bajo precio para los fines de la propaganda, un impreso en la portada que así lo indique, suprimiéndolo en los que les venda á ellos.

Y á fin de facilitar más esa propaganda, y de que á la vez ganen algo los corresponsales de EL MOTÍN, los dueños de kioscos, los Centros y Casinos radicales, y aun todo particular que me pida libros para la venta, les haré á ellos, además de la rebaja general, la del 25 por 100 en sus pedidos, cargándoles únicamente el importe del certificado.

Resumiendo:

La cuestión para mí hoy, está en reunir en un plazo relativamente corto la mayor cantidad posible, para hacer de una vez grandes tiradas de Folletos y de Hojitas, única manera de poderlos dar á precio tan barato, y que me dejen lo suficiente para ir editando sin dificultades otros nuevos.

Un amigo querido me indicó la conveniencia de crear una Sociedad por acciones de 25 pesetas, en vez de malbaratar los libros. ¡No en mis días! Me conozco lo bastante para saber que al mes había mandado yo á... cualquier parte la Sociedad. ¿Darle derecho á nadie para intervenir en mis actos autorizados, y discutir si debo ó no publicar esto ó aquello? Antes católico, palabra para mí la más despreciable del Diccionario. Siempre seguí en todo los impulsos de mi voluntad, y no voy á última hora á despojar de su virginidad á esa mi adorada señora. Si acierto, quiero apropiarme la satisfacción toda entera. Si me equivoco, no quiero hacer á nadie víctima de mi equivocación.

Después de todo, lo que ahora hago es lo que hice durante varios años para sostener EL MOTÍN: tirar un almacén de libros que señaaban en cubierta ochenta mil duros, para que no se saliera la gentuza clerical con el gusto de verlo desaparecer. Con la ventaja de que hoy me servirá lo que realizo para algo más provechoso: extender la propaganda anticlerical, ya que con EL MOTÍN me basta para vivir tranquilamente.

Quedamos, pues, en que yo solito emprendo la obra económicamente.

¡Y triunfe el infierno!

¡Y viva Saúl!

¡Y que se extienda la propaganda! ¡Y que probemos á los clericales que podemos y valemos más que ellos! ¡Y que los venzamos y achemos en todo, hasta en esto: editar mejor, más barato y con más elegancia, hojas, folletos y libros con sentido común, en contraposición á la bazofia religiosa, literaria y filosófica que reparten ellos á sus estúpidos y boregos adertos!

No tonto de *alega* tesoros en la tierra, donde el orín y la polvita los consume y donde ladrones los desenterran y roban, según dice el Evangelio, aunque hagan lo contrario las gentes de Iglesia. Para el tiempo que me queda, poco necesito ya; y ese poco creo que no ha de faltarme trabajando hoy como trabajaba cuando tenía treinta años. Y si me faltara, siempre habría un rincón donde me retiraría á saborear con tranquilidad y gozo el recuerdo de lo que he realizado durante mi vida, hasta que me llegara la

hora de cerrar los ojos, exclamando filosófica y orgullosamente: «Estoy contento de mí: he hecho cuanto he podido por deshollar de telarañas los cerebros de mis compatriotas.»

Pero no hablemos del porvenir, sino del presente. Y el presente me manda decir á mis lectores:

Si logro ponerme en condiciones para ello, publicaré varios folletos y Hojitas padosas al mes. Si no, publicaré los que pueda. Lo mismo en unos que en otros, campearán todos los estilos, menos el clerical, es decir, el indecente; unos serán filosóficos, otros psicológicos; éste literario, aquél satírico; pero todos harán pensar, convencerán, enseñarán, distraerán...

Como aquí (hablo de mis amigos y de mí), hay talento en abundancia, cultura verdadera, ingenio, entusiasmo, patriotismo, decencia, fe en la libertad, amor al progreso, desinterés y buen humor, podemos hablar de todo sin fanatismos ni prejuicios, siempre rindiendo culto á la verdad, con serenidad, con calma...

JOSÉ NAKENS

Sarcasmos

Mientras las campanas de una iglesia tocaban en Cádiz al Aleluya, en una casa contigua moría de hambre un niño de cuatro años, junto á su madre paralítica, que estaba, con otros tres pequeños, loca de desesperación, pidiendo socorro.

El cadáver de la infeliz criatura quedó sin vestir, por no haber una mala ropita con que cubrirle.

¡Y la iglesia todavía ostentaba ricos terciopelos, joyas, imágenes recamadas de oro, todo el insultante lujo empleado por la religión en exaltar al niño que nació en un pesebre!

¡Y tocaban á Gloria por él mientras este otro niño moría desnudo y hambriento!

¡Sarcasmos!

Explicación ortodoxa

He aquí lo que dice de mí un periódico clerical de Gijón llamado *El Intransigente*, en un articulito titulado *Protesta*:

«La hacemos pública y solemne.

Séase que ayer circularon por Gijón varios números del indecente y asqueroso periódico que se llama EL MOTÍN y dirige el criminal y repugnante «Nakens».

En dicho número de EL MOTÍN aparece una sucia y burlesca caricatura de la muerte de N. S. Jesu-Cristo.

La tal caricatura es un insulto atroz, bestial que los sinvergüenzas de EL MOTÍN hacen á los sentimientos católicos de la nación entera.

Los que tales indecentes papeles escriben debían de seguir en el presidio, de donde salieron no sabemos por qué...

«¡Sacrilego, ten la lengua!

¡Arrodílate y escucha!»

Salí del presidio por permisión de tu Dios, el que ve en lo oculto, premia al bueno, y consiente, mas no para siempre, que el malo triunfe y la iniquidad prevalezca.

Vió que la clerecía y sus ayudantes (parecidos á los cel verdugo en lo de ser peores que él), corrían más desbocados cada día por la senda del pecado, el delito y el crimen, y se dijo: «¡Siquemos á Nakens del presidio para ver si consigue (que lo dudo), moralizarlos un poquito, como siempre hicimos!» Y como es omnisciente, añadió: «Resucitará EL MOTIN, que alcanzará ahora gran éxito; editará libros; publicará folletos de propaganda y *Hojas piadosas*, y de este modo prestará un gran servicio á la Humanidad, haciéndole ver claro la clase de prójimos que son los fariseos que me crucificaron cuando en la Tierra estuve.»

Y como lo pensó lo hizo, y como lo anunció lo ha realizado.

Con que á respetar su divino designio y á callar, ó de lo contrario voy á excomulgarte; periodiquín tan desvergonzado e como incógnito.

La moralidad en 1790

Dos bandos

El tercer domingo de cuaresma se celebra todos los años en Castellón el aniversario de la traslación de la antigua villa al llano que hoy ocupa. Antiguamente verificábase esta fiesta el tercer sábado, y grandes debían ser los desórdenes que en ella ocurrían, pues así lo demuestra el siguiente bando publicado en 6 de Marzo de 1790:

«Don Joseph Luis de Poneyt, abogado de los Reales Consejos, alcalde mayor y theniente corregidor, por su majestad, de esta villa, etc., etc. Por cuanto la experiencia misma ha hecho ver el abuso intolerable y gravísimos perjuicios que pueden seguirse al estado y bien de la causa pública en el disimulo ó permisión de penitentes públicos, y aún más en las mujeres, cuyo sexo por la misma razón debe ser muy recatado, y que ésas, á título de penitentes imitadoras de Santa María Magdalena, cuya fiesta se celebra en esta villa en el día de hoy, no tienen todas ó las más de ellas otro objeto que el de callejear con libertad, el ver y ser vistas, cuando aun en el negado caso de permitirse, sería en los sitios más recónditos, pues cuanto más ocultas las penitencias son más gratas y aceptas á los ojos de Dios, según el espíritu del derecho civil y canónico. Descando en lo posible cortar semejantes abusos en lo sucesivo, mando, que ninguna persona en la actual función, y en especial las mujeres, salgan vestidas públicamente con el título ó disfraz de Magdalenas, y si únicamente (por un efecto de puro disimulo y atendida la inocencia infantil, y que represente ésta en algún modo el objeto de la función para su meditación) las niñas, hasta la edad de nueve años, y se dirijan en derecho á la

iglesia y sigan el orden de la procesión, bajo las penas establecidas y según el mérito de la contravención.»

No debió causar buen efecto el bando anterior, pues la misma autoridad, en 4 de Marzo del siguiente año, publicó otro más enérgico, en el que se lee:

«No habiéndole bastado los repetidos bandos y providencias tomadas para contener los desórdenes sobre penitentes y empalados, iré en día más de las veces de desprecio para los prudentes, de diversión y gritería para los muchachos, y de asombro, confusión y miedo para los niños y mujeres, que de edificación y compunción y al buen ejemplo y expiación de sus pecados. Y las procesiones de noche paran en una senda de picaros y otros viciosos en que la gente joven por lo común y la demás viciada se valen de la concurrencia y de las tinieblas para muchos desórdenes y fines reprobados, que no pueden, aunque quieran, y según la experiencia, cortar de raíz ó impedir aun las justicias más celosas. Por tanto, mando se observe en un todo lo prevenido en la providencia de 6 de Marzo del año próximo pasado 1790 en orden á la procesión que se celebra en esta villa con el título de la Magdalena, cuyo abuso de penitentes y penitencias había llegado á un exceso intolerable entre las mujeres de todos estados que servían de gran escándalo, etc., etc.»

Después ordena terminantemente que por las inconveniencias indicadas concluya la procesión antes de ponerse el sol.

De todo esto se saca en claro, que la religión ha servido en todo tiempo de pretexto á bribones y disolutos para entregarse á la satisfacción de sus apetitos inmorales, y que en esto los tiempos no varían, acaso porque es de esencia lo que nosotros juzgamos accidental y transitorio.

Justificación de mi campaña

Leo en el periódico *Tierra de Cartagena*:

«A las noticias que respecto á la visita de inspección que está girando al Penal de esta plaza, el Director general de Prisiones Sr. Navarro Reverter, tenemos comunicadas á nuestros lectores, sólo podemos agregar hoy, que dicho señor Director ha hablado individual y colectivamente con todos los funcionarios que prestan servicios en el Penal. Para unos ha tenido palabras laudatorias y para otros severas amonestaciones, y ha llegado á manifestar á los empleados que si en los demás establecimientos penitenciarios, que se proponía visitar, encuentra los mismos motivos de quejas fundadas, que en éste, se verá, bien á pesar suyo, obligado al doloroso extremo de llevar á las Cortes el proyecto de disolución del Cuerpo.»

Esa opinión del joven é ilustrado (lo contrario que R ndueles) Director del Cuerpo de Prisiones, viene á justificar, no solamente los procedimientos de Salillas en la Cárcel Modelo de Madrid, sino la campaña que yo sostuve durante mi estancia en ella contra los empleados venales, crueles, cobardes é indig-

nos, que no pertenecen precisamente á la clase de los desdichados que apenas sacan para comer, sino que salen de los que desempeñan cargos directivos y administrativos.

Duro en ellos, Sr. Navarro Reverter, sin olvidarse de limpiar de ciertos empleados la Dirección, y de destinar á poblaciones donde no puedan redactar periodiquitos ciertos empleados *sabidos*, que son los causantes principales de los males del Cuerpo, ya por la guerra que se hacen unos á otros, ya por el protector silencio que guardan ante las inmoralidades y atropellos que cometen ciertos individuos.

Claridad, diáfandad, limpieza, expulsión y justicia.

Esto regeneraría en un año el ramo de Prisiones.

COMUNICADO

Sr. D. José Nakens.

Distinguido y admirado señor: ¿No cree usted llegada la necesidad imprescindible de la formación, creación, de una sociedad española del anticlericalismo? ¿La unión oficial de los anticlericales todos? ¿El momento de unirnos? ¿Constituirnos en sociedad que tuviere el directorio central en Madrid, y representación en provincias y pueblos, para la defensa de la libertad, propagación de actos cíviles, atención á los cementerios neutros ó no católicos, etcétera, etc? ¿Podría usted dar cabida en su periódico que tan dignamente dirige, á las líneas que van á continuación, ó patrocinar usted mismo, lo que sería mejor aún, la iniciativa?

Admirador y afectísimo de usted y s. s. q. l. d. s. y r.,

C. MESA

¡Anticlericales!

¡El clericalismo! He ahí el mayor enemigo nuestro, de la libertad, la ciencia y el progreso. Hay que combatirle práctica y asociadamente.

¡El clericalismo!

Sus demasías invaden el ambiente familiar y social; derriba gobiernos; pone válido veto á proyectos más ó menos liberales. Llegado há á tal punto su influencia y entrometimiento; su labor de zapa está tocando á tal extremo que, un poco más de pasividad, negligencia común, desunión anticlerical, y nos veremos más arrollados aún que ya estamos, por hechos propios de los tiempos de Torquemada y Arbués. La Historia se repite: ya hoy olemos á Inquisición. (Moret sin decreto... sin decreto Canalejas... pero funcionando el Santo Oficio maurista... Puede repetirse la Historia... ¡Barcelona!) Bueno, sigamos.

¡Unámonos, anticlericales!

Luego será tarde: están en puerta las intransigencias precedentes á toda persecución; nos resta, pues, contado tiempo para unirnos debidamente, potentemente para contrarrestar así la labor nefasta á la libertad, que la ola negra y multicolor está realizando, ahora más

que nunca en nuestros tiempos, por todos los medios. Descuidemos un poco más nuestra misión, á que venimos todos obligados por defensa propia, por derecho de progreso y por bien de humanidad, y no llegaremos ya á tiempo. La reacción se apresta á coger otra vez las riendas gobernantes.

Llegó, pues, la hora, ya que antes no lo hicimos, de organizarnos, de unirnos en bloque potente para impedir demasías, cortar intromisiones, y hacer, por lo menos, que se cumpla lo escrito sobre el laicismo, sobre cultos, sobre la libertad de pensar, obrar y escribir, etcétera. Para esto, y más aún, es indispensable fundar pronto y bien una sociedad anticlerical española, sin pujos políticos ni sociales de clase alguna, esto es, donde puedan caber todos los anticlericales, piensen como piensen con respecto á política y á socialismo. Que esta sociedad esté representada en provincias y pueblos por juntas de actos civiles, y tengan también sus representantes en los pueblos donde estas juntas, por lo que fuere, no puedan formarse. Una Junta central y directiva de la asociación, que recibiera las impresiones, sucesos y quejas de provincias y pueblos, y que pudiera acordar lo procedente, para que se hiciera cumplir la ley á la clerigalla y la reacción. Que pagara en caso de muerte á las personas pobres pertenecientes á la sociedad el alquiler del nicho, etc., etc., etc.

En las provincias de segundo y tercer orden, y aun en las de primer orden, sucede, por lo general, que la clerigalla, siempre influyente por nuestra pasividad y negligencias, declara el *boycotte* á todo aquel que no hace lo que á esta clerigalla conviene. Así resulta difícil, porque nadie se atreve á ser el primero, la formación local de sociedad alguna anticlerical, y, por esto, el anticlericalismo oficial, digámoslo así, brilla por su ausencia, aunque en número sea potente. Todas estas dificultades desaparecerían con la asociación en España de todos los anticlericales.

Acostumbra también á suceder, descontando tal vez las dos ó tres grandes capitales, que no se cumple la ley con respecto á los cementerios neutros, libres ó no católicos; nadie cuida de ellos; así es que parecen *corralinas*. Estos descuidos y negligencias los aprovecha la grey católica para que las cantidades que, según la ley, tendrían que consignar los Ayuntamientos en sus presupuestos para atender á las obras necesarias en nuestros cementerios, pasen casi siempre á cubrir gastos de capillas, adornos y arreglos en sus cementerios. La ley ordena á los Ayuntamientos en tener en presupuesto lo necesario para cubrir los gastos que ocasionen las obras de nuestros cementerios; y lo que principalmente hace falta en los cementerios libres de pueblos y provincias (esto donde los hay), son nichos, nichos para alquilar y nichos en venta. Esto, la falta de ellos, es la causa que en muchas poblaciones se verifiquen apenas inhumaciones civilesmente. Hoy, desgraciadamente, se vive aún entre prejuicios, rutinas y cobardías, y así que resulta penoso, que se haga *cuesta arriba*, depositar restos queridos en el hoyo común. ¿Qué sucede? Pues que á fin de tener los restos pertenecientes á individuos de familia ó amistad depositados en nichos *ad hoc*,

el entierro se hace católicamente, aun para los anticlericales, puesto que en las necrópolis católicas existen nichos que los Ayuntamientos venden ó arriendan. No siendo por esto, por tal prejuicio arraigado en lo hondo de la entraña, la mayoría de los entierros serían sin catolicismo. Si se cumpliera, pues, con la ley, y nadie mejor para hacerla cumplir en este punto que una asociación de los anticlericales todos, obligando á los Ayuntamientos á construir nichos en las necrópolis neutras, la mayoría de los enterramientos ó conducciones de cadáveres se convertirían en potentes manifestaciones del librepensamiento. Así, los curas, los clericales, los religiosos del Dios católico, ó de otro Dios cualquiera (para mí son todos lo mismo), no podrían abrogarse como triunfos suyos lo que solamente es: primero, prejuicio arraigado; y segundo, deficiencia de los cementerios libres. Estando asociados, todo esto y más dejaría de suceder.

Claro que para atender á los fines de la asociación, cada individuo á ella perteneciente satisfaría una cuota fija.

Los anticlericales en general, y en particular los de Madrid, Barcelona y demás capitales importantes, tienen la palabra.

¡Anticlericales! ¿Vamos á unirnos, á fraternizar, ya que tan bien unidos se encuentran nuestros enemigos, y que por su unión nos combaten, y pueden hacer su maléfica obra para la libertad? Si ahora no lo hacemos, ¿cuándo va á ser?

¿Nos unimos, pues, hermanos en la libertad, por ella y para ella? A ver quién dice algo. Hablad. A organizarnos tocan...

UN ANTICLERICAL

En el próximo número diré lo que pienso acerca de este asunto.

Empleado ejemplar

El administrador de Correos de Nules detiene el paquete de MOTINES á nuestro corresponsal.

Lo cual trae á mis labios esta pregunta: «¿Los empleados de Correos que se ponen tan descaradamente al servicio de los clericales, deben continuar en su puesto?»

Porque, en caso afirmativo, habría que publicar un *Indicador*, en que se consignasen las ideas de todos los empleados, para abstenernos los periódicos anticlericales de mandar periódicos ni cartas donde hubiera uno del gremio ese.

Bastaría con decir:

Fulano de tal.—Nules.—Clerical.

Fulano de tal.—(Aquí el pueblo).—Empleado decente.

Fulano de tal.—(Idem).—Hombre honrado.

Y de este modo sabríamos de qué manera obrar, para no vernos estafados ni burados.

Afortunadamente los empleados como ese de Nules abundan poco en Correos.

De lo contrario, habría que encargar-

se cada español de ir en persona á llevar su correspondencia.

Recomiendo al Director general del Ramo, para un ascenso, á ese ejemplar empleado de Nules.

Cambio de baladrán

El rector de la iglesia del Ave María en Hion, Estado de New-York, ha dejado el catolicismo para ingresar en el protestantismo.

Le tendrá cuenta, porque, una de dos; ó es creyente, ó no lo es. Si lo último ¿qué necesidad tiene de figurar en iglesia alguna? Y si es lo primero ¿qué más le da tragarse veinte ruedas de molino que veinticinco?

Porque esto viene á ser en suma la diferencia entre católicos y protestantes: tres ó cuatro piedras más ó menos que engullirse.

Pero, en fin, si se distraen con eso, ó buscan notoriedad ó mejora de posición... allá que cada cual farolee lo que quiera.

Terrorismo católico

Decir que se ha celebrado un nuevo mitin contra las escuelas laicas, equivale á sentar la afirmación de que la lógica, el recto sentido, la justicia humana y la divina sabiduría han recibido un doloroso ultraje. No hay viceversas más grandes que estos modernos apóstoles del andante clericalismo. Dijérase que ellos son los únicos demoleedores del suntuoso edificio de la fe católica.

Han emprendido una cruzada bufa contra la revolución, y son ellos los más ardientes revolucionarios. Maldicen enérgicamente á los quemadores de conventos, y piden que las escuelas laicas, con niños y todo, sean devoradas por un grandioso incendio. Fustigan á los que se olvidan de Dios, y no se dan cuenta de sus propias blasfemias. Repugnan á los herejes de la Iglesia, y no hay herejías más enormes que las que ellos cometen.

Al mitin de Tolosa me atengo, que ha sido un modelo de vaciedades, de imposturas, de juicios temerarios, de burdos sofismas, de flagrantes contradicciones.

El señor Eguren, exalcalde de Elgueta, dijo á sus oyentes cosas como las que siguen:

«Hay muchos católicos que no quieren reñir. Esos son católicos de cocina...» Duro y culinario apóstrofe con el cual se rebela el orador contra Cristo, el cual nos recomienda que ofrezcamos el carrillo izquierdo cuando nos hieran en el derecho.

Habla de la mala prensa y dice: «¿Para qué da Dios los millones? Ya lo sabeis, para que con su dinero le hagan la guerra. ¿Para qué les da la inteligencia? Para que con ella, y valiéndose de la mala prensa, le hagan la guerra? Palabras heréticas de las que se deducen varios y resonantes agravios al Ser Supremo: primero, que Dios tiene millones como un Comillas cualquiera; segundo, que Dios no es equitativo al dar

millones á unos de sus hijos mientras otros se mueren de hambre; tercero, que Dios—y El me perdone—es un tonto de capirote al regalar esos millones y esas inteligencias para que le hagan una cruda guerra; cuarto... ¿A qué seguir, Dios mío? Estás demasiado alto para que puedan alcanzarte tamañas barbaridades.

Y todo esto será perdonable, después de una buena confesión, porque á un exalcalde de Elgueta no se le puede exigir que sepa mucha Teología. Pero los señores Senante y Salaberry, con todos sus prestigios de soberbios oradores, dijeron otras cosas aun más estúpidas.

Así, por ejemplo, y según Salaberry, Cánovas del Castillo, muerto por el pismo anarquista, fué un esclavo de su culpa. Si Cánovas no hubiese escrito la Constitución que concede ciertas malditas libertades, la escuela atea y el periódico impío no hubieran puesto en manos de Angiolillo el revólver con que asesinó al estadista.

Con arreglo á esta monstruosa teoría, la ejecución de Angiolillo fué un crimen ignominioso, una injusticia sin nombre. Ni el mismo asesino de Cánovas hubiera hecho una tan soberbia apología del atentado político.

¿Para qué más? Así es todo lo que predicán esas gentes. Mucha paz cristiana en los labios, pero muchos odios en el corazón y en el alma.

FIDEL M. URBINA

La Voz de Guipúzcoa.

¡Edificante!

El párroco de Cantoria:

—¡Que no sale la procesión!

El pueblo en bruto:

—¡Que salga!

—¡Que no sale!

—¡Que sí!

El pueblo se amotina, invade la iglesia, increpa y amenaza al cura, se le impone, llega el aca de, y adela te con los faroles; se verifica la procesión.

Concluye ésta, y un pariente del cura grita:

—¡Canallas!

El pueblo responde:

—¡Muera!

Se arma un lio, un tumulto profundamente religioso, y si no es por la bene mérita, lynchan al pariente del párroco.

¡Espectáculo consolador! Si al cabo de veinte siglos de cristianismo teórico y práctico no hubiéramos llegado á eso, ¿para qué serviría la religión católica, «la religión de nuestras mayores», la única verdadera, la civilizadora, la humanitaria, la piadosa, la caritativa, la santa, la ejemplar?

Demos gracias á Dios por no haber nacido chinos, mahometanos, judíos ni aun protestantes. De buena nos libró Felipe II.

La alborada de la carne

Un horror grande y mudo, un majestuoso silencio amortajaba al mundo el día del Pecado...

Y Adán, viendo cerrarse la puerta del Edén y contraerse el rostro de Eva que miraba el inexcrutable desierto, dijo:

«¡Acérate, entra en mí! Entrega tu carne á mi carne... ¡Bendeciré tu crimen y acojeré tu pena, beberé beso á beso tus lágrimas! Aprende cómo puede amarse al Amor aun renovando el Pecado. ¡Descanse tu convulso seno sobre mi pecho! ¡Mira! Todo nos rechaza... Todo despierte contra nosotros el mismo horror y la misma indignación. La cólera de Dios abrasa los árboles y destroza la floresta, como un huracán de fuego hace que reventen los volcanes y arremolina el agua de los ríos. Ruje tristemente el mar, el cielo se turba y las estrellas se leñan de estremecimientos...»

Pero, ¿qué importa Dios? Desata tu cabellera y caiga como un velo sobre tu desnudez. ¡Vamos! Puncen, en buena hora, tu piel los insectos, ensangrienten tus brazos las zarzas, surjan fieras en tu camino, y, viéndote estremecer á través del matorral, enrédese entre tus pies la sierpe... ¿Qué importa? El amor, botón apenas entreabierto, ilumina el destierro y perfuma el camino. ¡Te adoro! Soy feliz, porque el Edén perdido lo traigo todo llevando tu cuerpo adorado. ¡Puede en derredor nuestro aniquilarse todo! Todo renacerá al ritmo de tu mirada; mares y cielos, árboles y elevando montes, porque en tus entrañas arde la vida perpetua. Ríos correrán de tus ojos si lloraras, pero flores brotarán de tus labios si cantares. Y si en torno á tu cuerpo encantador y desnudo todo muriera ¿qué importaría, si tú eres la Naturaleza? En tanto que eres mujer has pecado, pero bendito aquel momento... En él me revelaste el amor á través de tu falta. ¡Pendito el momento en que me revelaste la vida con tu crimen! Porque libre de Dios, sublime y redimido, quedé sujeto á la tierra por la luz de tus ojos... ¡Oh tierra, eres mejor que el cielo! ¡Hombre, eres más que el propio Dios!

OLAVO BILAC

LA HIPOCRESÍA EN LA RELIGION

Con una hipocresía refinada, con una ambición sin límites, con el deseo de alargar el dominio del papado, se organizó un parasitismo manifiesto: el óbolo de San Pedro.

Los millones de liras que llegan al Vaticano se sacan de la bolsa de todas clases de personas, en las cuales influyen en la propia diócesis obispos, párrocos, abades de todas clases; son otras tantas sustracciones al fruto del trabajo de toda persona honrada, á quien se hace creer que el jefe de la Iglesia vive en la más humillante miseria, cuando el lujo que se ha introducido en la sede del catolicismo supera á todo lujo oriental. Distinto del humilde Jesús es su vicario, el cual, no contento con cosechar las ricas contribuciones parasitarias, querría volver á mandar regimientos de infantería y escuadrones de caballería y dominar como emperador. El exceso del orgullo humano, unido al orgullo de la miseria humana, hace que, quien se estima vicario de Dios, viva del parasitismo.

Verdad que como el mundo católico, ninguna sociedad civilizada tuvo un parasitismo más desarrollado; los minis-

tros del culto de toda religión vivieron siempre de privilegios y de beneficios, tuvieron riqueza é industria religiosas al igual de los autócratas dominantes, con los cuales siempre estuvieron unidos para oprimir las muchedumbres. Basta recordar las antiguas instituciones de Méjico, del Perú, del Egipto y de las grandes monarquías de Asia, para ver cuánta riqueza parasitaria estuvo en manos de los sacerdotes de toda religión.

También este parasitismo en la patología de la sociedad humana, como toda otra forma, también estos parásitos constituyen una clase degenerada, como todas las demás; y si se quisiera tener una prueba evidéntisima, bastaría recordar los esfuerzos de la sociedad moderna por librarse de él, como de todo otro elemento deletéreo y pernicioso á su existencia íntegra y sana.

Toda la lucha está entre un gobierno de puro carácter civil y la exclusión de toda ingerencia sacerdotal, la cual debe quedar para quien esté aún sujeto en la conciencia individual solamente. Las Iglesias separadas, llamadas protestantes y evangélicas, si no han alcanzado este estado, están á punto de conseguirlo, especialmente en Inglaterra y en América. La Iglesia se la construya quien la quiera y como quiera; el culto se lo mantenga quien lo sienta; lo cual quiere decir: respeto á la libertad individual de todos y exclusión absoluta de todo elemento teocrático. Italia, que tan grandes esfuerzos ha hecho por constituirse en nación, aún ve amenazada su existencia por la gran pasásta sacerdotal, que posa sobre ella la cabeza y las vísceras.

GUISEPPE SERGI

¡Ojo!

La patulea jaimista se congregó en Medina del Campo y dió lugar á una revuelta en que sonaron varios tiros y se produjeron algunas desgracias.

La prensa ha dado mucho aire al asunto, censurando el delito de intolerancia política y religiosa, y advirtiendo que no estamos aún libres de aquella saña feroz con que las hordas carlistas cubrieron de sangre y oprobio nuestro suelo en el siglo XIX; y los que levantan bandera por D. Jaime son los mismos que la alzaron por Carlos VII.

Todo se reduce á un cambio de nombres. En el fondo ruge el clericalismo intransigente, sanguinario, dominador; la fiera vaticana, que pretende acorralar á los pueblos, someterlos y encerrarlos en su cubil para hartarse de carne humana satisfaciendo sus instintos bestiales.

De allí viene la intransigencia, y hay que reducirla ó morir estúpidamente por falta de conocimiento ó de resolución.

Razón sin réplica

Decía Laboulaye para distinguir los pueblos libres de los que no lo son:

«Para distinguir á los pueblos maduros para la libertad de aquellos otros que no lo están, no debéis fijaros en si tienen tal ó cual Constitución, una ó dos Cámaras, prensa libre, etc. No; todo eso puede llegar á ser instrumento de la pasión ó de la tiranía. La verdadera distinción estriba en si hay ó no justicia, en si impera ó no la ley. Decidme lo que son los Tribunales, y yo os diré entonces lo que es el pueblo.

¿Se postran el Gobierno y los ciudadanos ante el altar de la justicia y ante las formas protectoras que la ley establece? Pues no lo dudéis; allí hay libertad.

¿Se ensancha ó se encoge la ley según los casos? ¿Se la fuerza, se la elude, se la infringe impunemente por medios violentos ó sagaces? ¿Hay tribunales de excepción y de privilegio, fórmulas mafiosas y elásticas, jueces corrompidos, sea por el interés, sea por la pasión, sea por el temor?...

Pues marchaos de ese país. La libertad en él es un nombre vano; peor que eso: es una red tendida á los hombres de bien; las leyes son un insulto á la razón y á la dignidad humana. Porque la libertad, después de todo, no es otra cosa que el respeto del derecho: otro nombre dado á la justicia.»

Esa página hermosa la escribió Laboulaye hace ya muchos años.

Es posible que si hoy viviera, y en España, cayera en la tentación de decirnos:

«¡Españoles! ¡A emigrar todos!»

BREVE NOTICIA

DEL ESCAPULARIO AZUL-CELESTE QUE BENDICEN LOS CLÉRIGOS REGULARES TEATINOS.

«El uso de este escapulario lo instituyó la venerable sierva de Dios Ursula Benincasa, fundadora de las oblatas y eremitas de la congregación Teatina. Consumida aquella venerable del celo por la gloria de Dios y salvación de las almas, lloraba frecuentemente y sufría prolongados éxtasis. En uno de éstos, un día de la Purificación de Nuestra Señora, mereció ver á la santísima virgen vestida de blanco y adornada con un escapulario celeste, llevando en sus brazos á su divino Hijo y rodeada de numeroso coro de vírgenes de igual modo vestidas; háblale de esta manera: «Ea, pues, Ursula, para que cesen tus lágrimas y se convierta en gozo tu dolor, oye lo que mi Hijo ha de decirte.» Jesús entonces le recomendó la institución de las eremitas bajo el título de la Inmaculada Concepción, cuyo hábito fuese el mismo que llevaba su santísima Madre, prometiéndoles á los que abrazasen este género de vida, y vistiesen este hábito, peculiares gracias y abundantes bienes espirituales. La venerable Ursula le rogó que estos tan grandes beneficios no se concretasen solamente á los que perteneciesen á dicha congregación, sino que los extendiese á todos los fieles que, viviendo en el siglo, honrasen á su santísima Madre, viviesen castamente según su estado y

vistiesen el escapulario celeste. Oyó Jesús las súplicas de Ursula, y al punto, en el mismo éxtasis, vió ésta á multitud de ángeles, que hacían descender á la tierra gran número de escapularios; la sierva de Dios apresuróse á recogerlos, y con sus mismas manos empezó á distribuirlos entre los fieles, teniendo el consuelo de ver antes de su muerte extendida esta santa práctica, que produjo felices resultados en la reforma de las costumbres.»

La virgen repartiéndolo con Ursula... Jesús interviniendo y haciendo recomendaciones á Ursula...

Ángeles regando la tierra de escapularios que luego repartía Ursula...

Es muy gracioso, no puede negarse.

Lo malo es que tales paparruchas no tienen otro fin que desplumar á los imbéciles.

Aunque bien mirado, no merecen ellos otra cosa.

Fuera de medida

En Málaga se ha celebrado una procesión llamada de «Nuestro Padre Jesús del Rico.»

Ese Jesús ¿no será el Anticristo? Porque el verdadero Jesús fué pobre, á menos que nos lo hayan cambiado en la cuna, como suele decirse guasonamente en las riberas del Guadalquivir y en las del Manzanares.

La procesión sale de la cárcel, donde, sin duda, está presa, conducida por un recluso, el cual va con una vela al frente. Luego sigue el pendón de la hermandad, con cien penitentes, las autoridades, música y demás complementos ordinarios de las procesiones.

El *Niño* se encumbra en su magnífico trono, como corresponde á su calidad de archimillonario, y le acompañan unos candelabros tan enormes que no cupieron por la calle marcada en el itinerario previamente.

Si estas cosas no hicieran reír, harían llorar; no cabe término medio; son como los candelabros: demasiado grandes para pasarlas por el sitio correspondiente.

Echémoslo á broma.

MI DIOS

¿Qué cosa tan hermosa debe ser el tener un Dios! Lo confieso. Más de una vez he lamentado no creer en religión alguna. He llegado hasta sentir envidia cuando he visto las ventajas que reportaba el profesar, por ejemplo, la católica.

Mucho más feliz es un creyente que un ateo.

Vedle: ya sale del templo, donde acababa de confesarse. Por enormes que sean sus culpas, ya no tiene para qué preocuparse de ellas. Acaba de borrarlas nada menos que el que todo lo puede, Dios, otorgándole el perdón por boca de uno de sus ministros. La conciencia no le puede ya molestar en adelante: Dios se lo impide.

Cuando se encuentra en un trance

muy difícil, invoca su auxilio; y si la dificultad no se resuelve, el hombre de fe no se desespera, se conforma con la voluntad divina, que no puede hacer nada encaminado al mal, ya no es la bondad suprema.

No ha de molestarse en buscar la Verdad, pues la posee casi completamente. Es Dios, que no tardará en revelárselo.

Muchas son las ventajas que tiene el creer en Dios.

Yo también, cuando el recuerdo de una mala acción me atormentaba, cuando alguna dificultad me impedía realizar mis deseos, ó cuando la misteriosa equis ponía término á mis razonamientos, he llegado á juntar las manos y prepararme á invocar el divino auxilio para que me iluminara.

Peró una dificultad me ha impedido llevar á cabo mis propósitos. ¿A qué Dios voy á dirigirme? ¿Cuál será la religión verdadera?—me he preguntado por rplejo.—Dios ha de ser muy grande: infinitamente superior al más sabio y poderoso de los hombres. Sus órdenes han de cumplirse necesariamente. Nadie podrá contradecirlos sin contradecirse á sí mismo.

He visto desfilar por mi imaginación multitud de extrañas figuras, ofreciéndome sus dioses.

Desde las antiquísimas religiones orientales hasta la relativamente moderna doctrina predicada por Jesucristo, una infinidad de religiones, politeístas, fetichistas, monoteístas, de todas clases las había, pero ninguna lograba imponerse, ninguna eclipsaba á las demás. Cada una era la verdadera, según sus propagadores, quienes, no sólo declaraban falsas á las otras, sino que hasta llegaban á escarnecerlas, cual egoístas mercaderes que tratan de vender la mayor cantidad posible de sus respectivos productos. Dios no estaba allí.

Bien á pesar mío he de renunciar á pedirle su ayuda; y cuando ya no veía el medio de vencer mis dificultades, sentí una voz interior que me hacía la siguiente reflexión:

«Si no encuentras á Dios, recurre á mí. No soy como él, omnipotente. No llego á tanto. Pero es tal mi autoridad, que todos los hombres me obedecen sin contradecirme, conociendo que soy su único guía. Nadie ha burlado mis órdenes sin sufrir el correspondiente castigo.»

No vacilé. Indudablemente ésto debía ser mi Dios.

Quien así me hablaba era la Razón.

B. LOSTAU

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS

— FOR —
R. H. DE IBARRETA

Este es el libro que se ha vendido más en España. Sólo en EL MOTIN se han tirado 62.000 ejemplares.

DOS PESETAS ejemplar. Rebaja del 25 por 100 á los suscriptores. Encuadernado en tela 2 pesetas.

Cuestiones candentes

La Moral y la Religión

I.—Orígenes dogmáticos y morales.

Es la eterna cantinela del clericalismo: «sin Religión no es posible la Moral». Napoleón profesó esta máxima; Menéndez Pelayo se inspira en ella en su famosa carta á los fieles de Jay-Aíai. Incluso los filósofos racionalistas suelen caer del lado de esta *creencia*. Y todo por falta de análisis de los conceptos.

¿Qué es la Religión? ¿Qué es la Moral? ¿Qué relaciones tienen entre sí?

He aquí las tres cuestiones elementales necesarias para despejar las incógnitas de este problema.

Bajo varios aspectos podemos examinar estas cuestiones particulares. Por el lado *histórico* vemos que la *Religión* es el conjunto de dogmas y máximas que los pueblos *han convenido* en señalar como necesarias, para el recto empleo de la vida, con respecto al fin último que le han atribuido. La *Moral*, el conjunto de máximas que los pueblos convienen en señalar como necesarias para el recto uso de la vida con respecto á los fines particulares ó generales que le han atribuido. Nótese bien la esencia del *convenio humano*; ya sea verificado entre moralistas ó entre teólogos. Ya se llame *Concilio*, *Escuela*, *Iglesia* ó *Estado*, tenemos siempre una *convención* de hombres que representan los demás, unidos á ellos por razón de autoridad política, moral ó doctrinal y siempre convencional.

De ahí que todos los dogmas religiosos, que son los pertenecientes á la época histórica conocida, tienen siempre como origen «el convenio humano», ya de un Papa ó Concilio, ya de un Profeta ó Santo reconocido y aceptado como tal por el convenio del pueblo. El pueblo reforma y cambia esos *convenios*: de ahí los cambios de religión.

La Moral es de origen más remoto. «Los pueblos sin religión tienen también su ley», dice San Pablo. El origen de la Moral humana se pierde en los orígenes de la humanidad. Si aceptásemos como definición de la ley *Moral* la de Montesquieu, «es aquello que cada cosa ejecuta por impulso de su naturaleza», tendríamos que la ley moral en vez de ser la *fuerza motriz* de los actos morales, es sólo la descripción sintética de los actos, es decir, en vez de ser causa de los actos, sería efecto. Y así tendríamos que la moral sería una simple ciencia histórica descriptiva de los actos de las cosas. De ahí vendría la *moral racional*, para los agentes racionales; la intuitiva para los dotados de instinto, etc.; y, siendo la *Razón* sumamente inestable, pues cada día reforma los conocimientos, tendríamos que la *Moral* seguirá esa misma inestabilidad.

Advertimos que aquí hablamos de *instinto* y de *razón*, en el sentido vulgar, sin que con esto advirtamos su diferencia objetiva.

II.—Moral religiosa y Moral científica.

Es difícil puntualizar de un modo que abarque todas las religiones, los elementos principales que componen el *concepto-religión*. Atendiéndonos á las hoy conocidas y existentes, observaremos como carácter esencial de ellas, distinguiéndolas de la *Moral* que llamaremos racional, la afirmación religiosa de buscar el *primer principio* y el *último fin* del hombre, en un principio y fin fuera del Tiempo y del Espacio-físicos y su discontinuidad é independencia de éstos: la eternidad envolviendo al Tiempo, y la *infinidad* envolviendo el Espacio, rigiéndoles y dominándoles.

La Moral científica se limita á buscar el *primer principio* remoto por la escala gradual y continua de los principios inmediatos y consecutivos; y lo mismo el *fin último*, á partir siempre de la *irradiación del Yo presente inteligente*, sin salirse del Espacio y del Tiempo *históricos*. En la investigación científica es imposible conseguir el *primer principio* y razón *universales*; porque no pudiendo conocer las cosas más que por medio de sus *manifestaciones perceptibles* es á la mente humana, estas manifestaciones «son siempre efecto de las cosas conocidas», y la *razón buscada* es la *causa* de ellas. Esta *razón humana*, obtenida por el cálculo lógico sobre las *manifestaciones comprobadas*, no puede ser comprobable directamente en sí misma, por lo cual quedará siempre en la categoría de *hipótesis lógica*, aunque la llamemos nuestra *sensación* de su certeza.

De modo que entre la aparente manifestación de la cosa y su razón causal se interpone siempre la cosa misma; la ilación entre aquellos extremos es un *cálculo humano*, pero no un *hecho objetivo*.

III.—La religión moral y la moral religiosa.

La «Religión humana» es un *hecho humano*; el hombre es el que *crea* y *practica* lo religioso. Como tal hecho humano tiene su razón y origen formal en el hombre ó en causas extrañas al hombre, capaces de penetrar en él y producir el *acto religioso*.

El estudiar este origen y razón constituye la *ciencia de la Religión*, ya que todo hecho humano es sometible á estudio científico. Esta ciencia es *histórica* y filosófica: la histórica, que describe los hechos; la filosófica, que indaga sus causas.

El hecho «religioso» es uno de los más extraordinarios y emocionales del psiquismo humano; merece, pues, serio estudio científico.

Todo *hecho* tiene su causa lógica; el hecho religioso debe, pues, tenerla también. Todo *hecho humano*, en cuanto acto moral, tiene un *fin práctico* como

objeto, y una idea teórica como origen. El *fin práctico* de las religiones existentes es la *felicidad perenne*; la *idea lógica* es la llamada *fe* ó *creencia* de que esa felicidad se consigue del modo determinado que cada religión señala.

He aquí una conclusión muy importante: la «*religión*», en cuanto hecho humano, es un *acto moral*», á saber, sometido á la *moral humana* y sometida á sus leyes. Esta conclusión ultrarevolucionaria es *católica* y *cristiana*, por más que los teólogos lo oculten. Ellos mismos han corregido las *leyes reveladas*, conforme á la que llaman «moral natural».

La *idea religiosa* es también un *acto humano*, y como tal, sometido á la *Moral humana*. La Moral esencial de las *ideas* es la lógica; lo *ilógico* es *falso*, se entiende *para el hombre*. Aquí podríamos decir que hay *lógicas ilógicas* y hay *ilógicas lógicas*; no podemos depurar estos conceptos. Pero el hombre es siempre lógico para sí mismo, tanto en la fe, como en la duda, como en la negación.

IV.—Religión Lógica y Lógica de la Religión.

El *ideal religioso*, en lo científico, proviene de que la Razón haya visto que el tiempo y el espacio que le rodean son *efectos*, y de no ver las causas que los producen. En vez de seguir el estudio de causalidad consecutiva física, parándose ante las vallas que se oponían á su marcha investigadora, dió el salto desde lo *presente próximo* á lo *supremo remoto*. Es un acto de impaciencia y de desesperación; la rebelión más grande de la inteligencia humana contra su impotencia física. El hombre tenía derecho á juzgar este Tiempo y Universo que le hostigan continuamente, y le juzgó *anulándolos*; sus sentencias fueron terribles: «Tiempo: no eres nada con respecto á la Eternidad; Universo: eres juguete del Infinito.» Esta *visión del desesperado* y del impotente produjeron dos efectos maravillosos contrarios: uno, insensibilizar los males de la vida física, haciendo sensibles los bienes de la vida ensoñada, hasta hacer placentero el dolor y asqueable el placer; otro, desviar la mente del estudio de los medios de curar los males físicos, haciéndolos perdurables. De esta concepción religiosa del mundo nació otro error: la *canonización del Mal* y del *Dolor* presentes como *medio para el bien futuro*, llegando en algunas sectas búdico-cristianas á un verdadero culto del *Dolor* y de la *Muerte*, culto expresado en la palabra *Mortificación*. No sólo se pedía la *sumisión resignada al Dolor* y al *Mal* inevitables, sino que los cultivan como acto religioso en el ayuno, las disciplinas, el cilicio, el culto del cáncer inclusive. No hay en la Historia mayor ejemplo de reacción psíquica y de adaptación; el hombre no huye al Dolor, sino que lo busca; no se espanta de la Muerte, sino que la abraza con voluptuosidad; no pudiendo eva-

dirla, la convierte en instrumento de placer.

V.—Religiones morales é inmorales.

De ahí se desprende el carácter *moral* y el *inmoral* de las religiones: son morales, en cuanto traen el alivio de males inevitables; son inmorales, en cuanto al adaptarse al Mal, no luchan contra él y le dejan extenderse por el mundo y perpetuarse á través de las generaciones, haciéndolo *inevitable*.

VI.—¿Qué es la Moral?

Pero hablamos de Moral y de Religión sin haberlas definido.

La Moral—dicen los filósofos—es la ciencia que nos enseña el bien y el mal. Y, ¿qué son el Bien y el Mal?

Reduzcamos las ideas á su punto elemental.

Yo veo ante mí una copa de licor dorado; (a) y digo es *hermoso* (sensación de placer). A renglón seguido tomo hacia él una actitud: «es *bueno* poseer esa copa de licor *hermoso*, porque es *bueno* la sensación que me causará á la vista. (b) Aspiro su olor grato: nueva sensación de placer; nueva actitud de apetito; doble concepto de *bondad*. (c) Lo saboreo; sensación de placer en el paladar y confirmación del apetito. (d) Al pasar por la laringe, siento *picor* y tos; rectificación de la actitud anterior y distinción; (e) siento que da calor al estómago...; nuevo placer... (f) Me embriaga agradablemente... (g) de la embriaguez resulta un crimen; (h) del abuso continuo surge la tuberculosis en el corazón; (i) los hijos salen escrofulosos por causa del alcohol...

¿Qué se siente del licor? ¿Es *bueno* ó *malo*?

El sujeto *piensa*, mejor dicho, cuenta y traduce á ciertas cifras las experiencias, tomando como positivas las cantidades de placer, como *bien*, y como negativas las cantidades de dolor, como *mal*. Podríamos formular convencionalmente esta cuenta: $+A + b + c + d + e + f + g + h + i = 1$

Sumando los signos positivos

$$A + b + c + e + f = 5 \text{ bien;}$$

y sumando los negativos,

$$d + g + h + i = 4; \text{ mal.}$$

Diferencia: 1 bien.

Claro está que las cantidades son arbitrarias; al señalar el valor de cada cifra, un individuo lo concede mayor á una sensación que á otra, según sus condiciones de instrucción, educación y temperamento; pero la *operación* es esencialmente igual en todos.

Esta discreción de hechos particulares, la suma de ellos y su diferenciación los verifica el llamado *sentido Ético*, que es una asociación de sentidos; la sensación esa total diferencial es el *juicio moral* de la cosa. El conjunto de estos juicios forma la *conciencia moral*.

La Moral, como ciencia, debe, pues, definirse: la ciencia que nos enseña el uso de las cosas y el empleo de nuestras actividades para el mayor placer, evi-

tando lo más posible el mal. No es otra cosa la moral religiosa, que busca el *placer eterno* y trata de evitar el mal eterno: el cielo es el placer, el infierno es el dolor: ambos en su grado máximo concebible.

VII.—Moral experimental, individual y social.

De aquí que la *moral* es una ciencia experimental. Es la experimentación diferencial del efecto placentero y doloroso de las cosas.

Bajo dos aspectos debemos considerar la moral: el *individual* y el *social*. Considerada como *ciencia experimental*, la moral individual es la que el individuo se traza sobre su propia experiencia directa de las cosas. Así mismo la moral social es la deducida por la *experiencia social*.

La moral exclusivamente *individual* del hombre actual, tiene dos partes: la *herencia* y la *experiencia*. Como hay la herencia física, psíquica, química y patológica, así existe la *herencia moral* que obra como cierto instinto de horror ó apetito de cosas determinadas, inexperimentadas por el sujeto. De este modo actúan en el individuo la moral de la especie, de la raza y del linaje, formando una *subconsciencia*.

La *moral experimental* de origen individual, tiene diversos grados de *consciencia*: el sujeto aborrece ó ama ciertas cosas por impresiones que no recuerda expresamente, y que sin embargo recuerda este *sentido ético*: se ha borrado de la inteligencia pero se conserva en la *afectividad*. El conjunto de estas energías compone la *conciencia individual* inmediata.

VIII.—Cultivo del sentido Ético.

El sentido ético funciona como *instinto*, sin advertirlo el sujeto ó sin conciencia precisa de él, ó como *inteligencia*, ó sea con trabajo advertido y consciente.

A este sentido *ético-instintivo*, capaz de discernir sobre la experiencia personal la bondad ó malicia de las cosas, únese la facultad de *asumir* como propia la experiencia ajena: ó sea, el individuo puede apropiarse la *moral social*. Esta facultad procede del sentido *altruista*, de sentir las impresiones ajenas, raíz del llamado instinto *imitativo*. Su origen participa del instinto y de la experiencia individual, de sentir que la causa que produce en otros un efecto grato ó ingrato, lo produce igual en el sujeto. Además, esta facultad se desarrolla grandemente con el *cultivo de la educación*. El padre dice al niño: «no toques el ascua, que te vas á quemar». El niño, atraído por la belleza del ascua, le toca y se quema: ha experimentado la *superioridad de la ciencia moral* del padre, sobre el atractivo visual. Esta experiencia repeta en mil ocasiones, produce en el niño la *fe moral en la experiencia ajena* y toma la *actitud* de obediencia. Cuando el padre le dirá otra vez: «no

toques este hierro, que, aunque no está candente, quema» el niño *sente* la advertencia antigua, la antigua dolorosa experiencia de su duda, y ya no duda: el *hierro quema porque el padre lo dice*.

De aquí la *moral social*, que es «el conjunto de juicios morales que de las cosas han hecho los individuos y comunicado á la sociedad». Estos juicios se depositan en la conciencia social en varias formas: de refranes y aforismos, transmitidos á través de los tiempos por la tradición oral, y de máximas y sentencias registradas en los escritos. Si proceden de la promulgación del soberano político, llámense leyes: si del jefe religioso llámense dogmas. Tal es el arsenal de preceptos y consejos en sus múltiples formas.

VIII.—La Moral madre de la Religión; y no la Religión fuente de la Moral.

Sobre la genealogía de las religiones podemos observar que todas, sin distinción, proceden de un *origen ético*. Todas ellas han aparecido como *escuela moral*, conteniendo las máximas morales del país y tiempo en que nacieron. Así como en lo lógico las religiones han sido *expresión económica de las ideas del tiempo* acerca de los problemas que preocupaban la conciencia humana, así en lo moral fueron la expresión económica de los juicios morales. Por esto la religión es *hija de la razón*, y ha evolucionado juntamente con la razón humana. De modo que la moral se hizo religiosa, porque era racional y humana, y no viceversa. En este sentido la *fe popular* en la religión es la *presunción de que la religión* es la expresión de verdades antes experimentadas por los hombres.

El sacerdote, por olvido ó por mala fe, se rebeló contra este origen humano; y en vez de decir: «esto es malo, porque los hombres lo han experimentado», abusó de la fe infantil del pueblo y dijo: «esto es malo, porque yo lo digo». Los sacerdotes sucesores hicieron de estos dichos dogmas cristalizados; la *razón* que había engendrado la *moral religiosa* fué progresando; la moral sacerdotal no progresó, y dejó de ser racional, produciéndose entonces la división y segmentación entre la *moral científica* y la *moral religiosa* que propiamente debiera llamarse *sacerdotal*, *eclesiástica* ó *clerical*, rebelándose la religión contra la razón, y el sacerdote contra el hombre.

IX.—Desmoralización de las religiones.

De aquí que progresando con nuevas experiencias, la Razón humana progresa cada día en moral, descubriendo nuevos efectos en las cosas, la transformación de ellas y transformación del bien en mal y viceversa, tanto en razón de tiempo como del espacio, de modo que lo *bueno hoy* resulta *malo* en los efectos de mañana, y lo *malo* de acá resulta *bueno* no para allá. Y descubriéndose cada día

nuevos secretos de la *circulación moral*, semejante en un todo á la circulación física, así en el espacio como en el tiempo, resulta cada día ensanchada la moral rectificando los juicios precedentes. Mas como la *moral sacerdotal*, mal llamada *religiosa*, se halla cristalizada por el *dogma*, no puede progresar sino á expensas de la negación de sí misma y de la destrucción de su *infabildad magistral*; y de ahí procede que su moral cada día va acumulando immoralidades, hasta producir el fenómeno de que, lo que en su origen fué la quinta esencia de la santidad moral humana, al fin se hace poco á poco, centro de inmoralidad.

S. PEY ORDEIX

Mamarrachos

En Francia truenan ya los curas desde el pú pito contra las señoras que van á la iglesia con sombreros grandes, porque los hombres se han quejado de que «tienen necesidad de empujarse para contemplar el Santísimo Sacramento».

¡Valientes mamarrachos! ¡Como si ignorasen que en esas cosas el que más mira menos ve!

Aunque tal vez se quejen porque con esos sombreros no pueden contemplar bien la cara á las mujeres. En cuyo caso los aplaudiría.

Pero que no sean hipócritas y hablen claro.

Memorias de un jesuíta

El colegio de Chamartín.—
Un niño muerto.

Siempre que mi vista se detenía en aquellos ochenta ó cien niños que vivían encerrados en el colegio de Chamartín, se apoderaba de mí un sentimiento de lástima y de ira. Lástima de los pobres seres convertidos en máquinas vivientes, que al sonido de una campana habían de responder comiendo, durmiendo, jugando ó levantándose del lecho. Ira contra los padres que, disfrutando desahogada posición, voluntariamente pasaban meses y meses separados de sus hijos, perdiendo su cariño, su respeto, su gratitud.

«Si aquellos padres no tenían tiempo para educar á sus hijos, ¿para qué lo tendrían?», me preguntaba muchas veces, sin que jamás se me ocurriera una respuesta.

En el colegio procurábamos, ¿qué duda cabe?, atender con solicitud á todos los que estaban confiados á nuestro celo. Allí, mal ó bien, se enseñaban los primeros rudimentos del saber; allí, siempre mal, se procuraba inculcar en el ánimo é implantar en las costumbres de los jóvenes la urbanidad y educación sociales; allí también se predicaban los dogmas y reglas morales de la religión católica, entendida del modo más frívolo y superficial.

La alimentación de nuestros educandos, sin ser opípara, era confortable, y

los aposentos, bastante malos, servían ciertamente á maravilla para que chicos en la flor de la edad durmieran y descansaran de las fatigas del día.

Lo que los jesuitas no podíamos improvisar ni fingir siquiera, era el calor del hogar, el cariño y las ternuras del padre y de la madre, el alegre trato y los juegos de los hermanos, la dulce atmósfera de la familia.

Los niños, sin saber explicárselo, sentían la nostalgia de todo esto y por eso venían al colegio, después de un día de vacación en sus casas, con tristeza profunda, tan amarga, que muchas veces se traducía en lágrimas abundantes.

Uno de los niños que más parecía sentir la falta del amor materno era Arturo, hijo de unos opulentísimos marqueses que en Madrid residían y cuya casa era templo de placeres y fiestas mundanales que sin interrupción se sucedían.

Aquel niño verdaderamente recordaba esas flores delicadas que fuera del invernadero dejan caer sus pétalos, cierran su cáliz y mueren silenciosas.

¡Pobre niño! ¡Cuántas veces, después de recibir la corta visita de su madre, que cubierta de raso y terciopelo, perfumada, pintada, hecha un prodigio de elegancia y de riqueza en magnífica berlina se presentaba, le sorprendí con los ojos llenos de lágrimas que iban cayendo poco á poco por las mejillas, mirando desde una ventana cómo el coche se alejaba por el camino del Hipódromo!

El frío intensísimo de Chamartín hizo mella en la naturaleza delicada de Arturo y cayó enfermo con un catarro que inspiraba algún cuidado.

Visitóle el médico; recibieronse varios telefonemas de los marqueses, á los que tranquilizamos de todo. La dolencia no ofrecía cuidado ninguno.

Sin embargo, á los dos días el niño amaneció con pulmonía fulminante que no dejaba esperanza ninguna de vida.

—¿Qué ha pasado aquí?—preguntaba el médico.

—Nada absolutamente—contestaban los enfermeros encargados de velar al enfermo.

Este por fin habló y dijo que á media noche había sentido una sed tan ardiente, que, levantándose desnudo, bebió gran cantidad de agua fría en una fuente que cercana estaba.

—¿No hubo nadie que lo impidiese?—exclamó airado el doctor.

Todos bajamos la cabeza. Se trataba de un descuido que costaba la vida á un niño.

Experimenté una de las impresiones más fuertes de mi vida. ¡Una madre no se hubiera descuidado seguramente!

El enfermito murió aquella misma tarde en los brazos de la marquesa, que amargamente sollozaba.

Yo miraba á aquella mujer con odio, con asco, con indignación. ¡Las madres que voluntariamente se apartan de sus hijos, no tienen alma, no son madres!

GIL BLAS DE SANTALLANA

RECORTE

El pasado que habeis de vengar, amigos de España, fué atroz: ningún pueblo del mundo sufrió tanto como vosotros, y la historia patentiza que el gran verdugo fué el cura. Tened por seguro que vuestro suplicio no terminará aún si tenéis la desgracia de conceder á ese cura

y á su Dios al menor vestigio de su antiguo poder.

En primer lugar, el cristianismo os inspiró en otro tiempo un odio profundo contra otros pueblos: contra los moros, que labraron vuestro suelo é irrigaron vuestros jardines; contra los judíos, que fueron vuestros maestros y los iniciadores de nuestra ciencia.

Ese mismo cristianismo os lanzó, como conquistadores feroces, sobre el Nuevo Mundo, y allí, bajo pretexto de convertir á los pueblos á la fe de Cristo, el cura os incitó á cometer contra ellos todos los crímenes de dependencia, de persecución y de despotismo.

Consumada la nefanda obra contra los indios, á vosotros tocó el turno de la tiranía, y vuestra noble y orgullosa nación fué adiestrada en la crueldad, en la traición, en el miedo; los familiares de la Santa Inquisición fueron luego los maestros de España.

Sin embargo, de tiempo en tiempo, durante los últimos años os habeis lanzado á la rebelión, y no habeis realizado un solo progreso que no haya sido arrancado á la Iglesia después de tremenda lucha. Siempre habeis encontrado al cura contra vosotros, cuando habeis impreso libros, esparcido la ciencia, proclamado verdades en la plaza pública ó realizado un acto cualquiera de inteligencia y de justicia.

No os limiteis á separar de vuestra vía á ese cura enemigo: se necesita más; porque detrás de él encontrareis el catolicismo todo de una pieza con sus tradiciones de ignorancia y de bajeza, y más allá de esta religión funesta descubrireis aún lo que se llama la «moral del Evangelio», es decir, el dogma de la resignación, de la obediencia á los poderosos, de la esclavitud.

ELÍSEO RECLUS

LOS FRAILES

PINTADOS POR SANTA TERESA DE JESÚS

Carta de la Santa madre, al rey D. Felipe II, de aviata, 4 de Diciembre de 1577.

Implora la santa la protección del Monarca contra los frailes calzados, queriéndolos de las tropelías que acaban de cometer con san Juan de la Cruz.

JESÚS

«La gracia del Espíritu Santo sea siempre con vuestra Majestad.—Amen. Yo tengo muy creído que ha querido nuestra Señora valerse de vuestra Majestad y tomarle por amparo para el remedio de su Orden, y así no puedo dejar de acudir á vuestra Majestad con las cosas de ella; Por amor de nuestro Señor suplico á vuestra Majestad perdone tantos atrevimientos. Bien creo tiene vuestra Majestad noticia como estas monjas de la Encarnación han procurado llevarme allá, pensando habrá algún remedio para librarse de los frailes; que cierto les son un gran estorbo para el recogimiento y religión que pretenden. Y de la falta de ella (de religión), que ha habido allí en aquella casa, tienen toda la culpa (los frailes). Ellas están en esto muy engañadas, porque mientras estuviesen sujetas á que ellos las confesasen y visiten, no es de ningún provecho mi ida allí: al menos que dure, y así lo dije siempre al visitador dominico, y él lo tenía bien entendido. Para algún remedio mientras esto Dios hacía, puse

allí en una casa un fraile Descalzo, tan gran siervo de nuestro Señor, que las tiene bien edificadas, con otro compañero, y espantada esta Ciudad del grandísimo provecho que allí ha hecho, y así le tienen por un santo, y en mi opinión lo es y ha sido toda su vida. Informado de esto el Nuncio pasado, del daño que hacían los del paño (los frailes calzados), por larga información que se lo llevó de los de la Ciudad (es decir de los vecinos contra los frailes), envió un mandamiento con descomunión para que los tornasen allí (á los dos amigos de la santa); que los Calzados los habían echado con hartos denuestos y escándalo de la ciudad, y que, so pena de descomunión, no fuese allí ninguno del paño (fraile descalzo) á negociar, ni á decir misa, ni á confesar sin los Descalzos y clérigos. Con esto ha estado bien la casa hasta que murió el nuncio, que tornaron los Calzados; y así torna la inquietud, sin haber mostrado por donde lo pueden hacer.

Y ahora un fraile que vino á absolver á las monjas las ha hecho tantas molestias y tan sin orden y sin justicia, que están bien aflijidas, y no libres de las penas que antes tenían, según me han dicho. Y sobre todo háles quitado éste los confesores, que dice le han hecho vicario provincial, y debe ser porque él tiene más partes para hacer mártires que otros, y tiénelos (á los amigos de la santa.) presos en su monasterio, y descerrajaron las celdas y tomaronles en lo que tenían los papeles. Esta todo el lugar bien escandalizado, como no siendo prelado, ni mostrando por dónde hace esto—que ellos están sujetos al Comisario Apostólico—se atreven tanto, estando este lugar tan cerca de donde está vuestra Majestad, que ni parece temen (los frailes) que hay justicia ni á Dios. A mí me tiene muy lastimada verlos en sus manos, que há días que lo deseo y tuviera por mejor que estuvieran entre moros, porque quizá tuvieran más piedad. Y este fraile, tan siervo de Dios, está tan flaco de lo mucho que ha padecido, que temo por su vida.

Por amor de Nuestro Señor suplico á vuestra Majestad mande que con brevedad le rescaten (del poder de los otros frailes,) y que se de orden como no padezcan tanto como los del paño estos pobres Descalzos todos, que ellos no hacen sino callar y padecer y ganan mucho; mas dase escándalo en los pueblos, que este mismo que está aquí (el fraile que tantas injurias causaba á las monjas) tuvo este verano preso en Toledo á fray Antonio de Jesús, que es un bendito viejo, el primero de todos, sin causa, y así andan diciendo que los han de perder, porque lo tiene mandado el Tostado. Sea Dios bendito, que los que habrían de ser medio para quitar que fuese ofendido, le sean para tantos pecados y cada día lo harán peor.

Si vuestra Majestad no manda poner remedio, no sé en qué ha de parar, porque ningún otro tenemos en la tierra. Plegue á nuestro Señor no dure muchos años. Yo espero en El que nos hará esta merced, pues se vé tan sólo de quien mire por su honra. Continuamente se lo suplicamos todas estas siervas de vuestra Majestad y yo. Fecha en san José de Avila, á IV de Diciembre de MDLXXVII.

Judina sierva y súlita de vuestra Majestad.—Teresa de Jesús, carmelita.

Ningún comentario pondremos. Ya en nuestros lectores el concepto que á

una santa, canonizada por la Iglesia Romana, merecían los frailes.

El copista de la tal carta, la ha tomado á la letra de la imprenta en la *Colectión de los mejores autores antiguos y modernos*, tomo XXXI, «obras de Santa Teresa», página 122. Madrid.

Solamente se ha permitido llamar la atención de los lectores poniendo en letra cursiva lo más notable, y entre paréntesis, algunas aclaraciones, para mejor inteligencia de los lectores poco acostumbrados á la literatura del siglo XVI.

E. M.

Sacristanescas

En la iglesia de San Salvador, de Teruel, y en la de Agreda (Soria) se han cometido dos robos importantes.

En la primera faltan una casulla, dos dalmáticas antiguas, valuadas en 20.000 pesetas, y otros objetos pertenecientes al culto; en la segunda, unos cálices valorados en mil pesetas y otras alhajas de mérito.

Aquí de la muletilla que usan en estos ó parecidos casos los clérigos, las beatas y toda la turbamulta de logreros, chupópteros, vampiros, simios y vulpejas clericales:

—¡Las escuelas laicas! Esas tienen la culpa; de ellas sale la impiedad en todas sus formas, la irreligión, el robo, el asesinato.

Pero la guardia civil, patentizando nuestra inocencia, y con más vista, más alcance, más buena voluntad y más inteligente actividad que las imágenes despojadas, inmóviles en sus altares mientras las roban, ha cogido á los autores del de ito, dos dignos sacristanes, uno de Teruel y otro de Soria, y los ha puesto de patitas en la cárcel, donde envidiarán la libertad de sus superiores jerárquicos entregados á la moralizadora tarea de predicar contra las escuelas laicas y sus perniciosos efectos.

¡Ah! Y conste que la casulla y las dalmáticas antiguas tasadas en 30.000 pesetas se han evaporado en la región de los misterios ultra religiosos.

Respetemos los decretos del altísimo...

Elección de carrera

Grandes errores se cometen en la educación de la juventud. Muchos padres no bien tienen un hijo le destinan á determinada carrera, por lo general la suya ó la que les parece más lucrativa. Esto es dar valor á la incógnita sin tener en cuenta los términos de la ecuación.

Antes de determinar la carrera de un joven, debe observarse con toda escrupulosidad para qué tiene más gusto, y después, para lo qué tiene más disposición.

Los hombres que más se han distinguido fueron los que se dedicaron á lo que más les gustaba y para lo que más aptitud tenían.

Cervantes tenía disposición para la

prosa y gusto para la poesía. Mientras se dedicó á fabricar versos no hizo cosa de provecho. Cuando se consagró á la prosa, y de ésta á la clase que más se adaptaba á su disposición, se hizo inmortal. Descartes, como médico, era tan malo como otro cualquiera. Cuando se cansó de matar enfermos, se dedicó á la filosofía, y trastornó las ideas del mundo.

El que no tiene gusto para su profesión, nunca será nada, y el que se dedica á un ramo que le gusta y para el que no tiene disposición, tampoco hará progresos.

Los padres, tutores y maestros deben observar con todo cuidado los gustos é inclinaciones de los educandos, y cuando éstos puedan y bernarse de por sí, deben estudiar se á sí mismos, á fin de dirigir sus esfuerzos por el verdadero camino. ¡Cuántos jóvenes hay que se esmeran en ser poetas sin tener disposición para el oficio! Si el tiempo que pierden estudiando los clásicos y torturando la mente en busca de consonantes, lo consagrasen al estudio de un ramo más en consonancia con sus disposiciones, llegarían á ser hombres distinguidos, y no martirizarían á los que caen en la tentación de leer sus composiciones poéticas sin poesía.

Innumerables son las inteligencias que se pierden, ya por la mala elección de los estudios, ya por falta de oportunidad para desarrollarse.

Así como no hay dos fisonomías ni dos metales de voz iguales, tampoco existen dos cerebros igualmente formados ni con iguales disposiciones. Cada hombre es una especialidad, y á un estudio especial debe dedicarse. Los que quieren abarcar mucho, son, por lo general, nulidades en todo.

El progreso mecánico consiste en la subdivisión del trabajo, y en lo mismo consiste el intelectual. La medicina, por ejemplo, que antes se estudiaba en globo, se subdivide hoy. Uno estudia las enfermedades del pulmón, otro las del cerebro, aquél las de los nervios, éste las de la garganta, de los ojos, las de las mujeres, las de los niños, etcétera, porque son muy diferentes las unas de las otras, y cada una requiere gusto y estudios especiales. Un buen médico puede no servir para cirujano y viceversa. Un buen abogado para causas criminales es con frecuencia una nulidad en cuestiones civiles, etc.

Esto nos demuestra cuán escrupulosos debemos ser, no solamente en la elección de carrera original, sino también en los ramos que se han de escoger. Si concentramos todas nuestras fuerzas en un solo punto, podemos hacer mucho; si las desparramamos, no haremos nada.

R. VERA

En el garlito

Los clérigos de extranjería también se las traen divirtiéndose con los fondos piadosos, y hasta pueden dar quince y raya á sus congéneres de las Venas del Espíritu Santo ó la «Bombilla».

Más de 20.000 duros ha estafado el vicario de Malines, gastando-elos después en las carreras, ya de caballos, ya

de bicicletas, ya de automóviles, ya de mujeres, sin olvidar otros muchos go-ces que le caen tan bien á un señor cura como á un hombre de cuerpo entero, y mejor, por los refinamientos místico-sensuales de que estos seres aparte tienen la exclusiva.

¡Habría que ver lo que él pensaba al verse metido en faena!

—Cincuenta misas por aquel caballo pío contra cien pesetas del bayo... Una manda piadosa á que salta el as... El porvenir de tres ánimas benditas á que ese 40 HP. se destroza contra un árbol y el mío llega incólume á la meta... Te doy el legado del duque X. si me concedes tus favores...

¡La gran vida! Pero está de Dios que algunos clérigos estafadores caigan en las redes de la justicia (cuando son descubiertos), y el de Malines ha sido preso en Gille (Bélgica), hallándose á disposición del juez, que, por desgracia, no podrá sacarle ni un franco de los 100.000 estafados y gozados religiosamente.

TARJETA POSTAL

12. No permita V. M. que dejen sus vasallos por herederos á las comunidades religiosas, ni que hagan donaciones pías exorbitantes, porque esto cede en detrimento del erario y de todos los vasallos.

13. Como es tan grande el número de religiosos y monjas, será necesario el minorarlos, no permitiendo que haya en los conventos más individuos que aquellos que pudieran mantenerse con las rentas de cada monasterio.

14. Crea V. M. que todos los religiosos son miembros muertos para el Estado, y no obstante, usurpan el patrimonio real con sus posesiones, no contri-uyendo sino en muy poco. Su clase no los exime de vasallos de V. M. y sería necesario que pagaran los diezmos á la Iglesia, y á V. M. los reales derechos que le corresponden de sus bienes.

15. Los religiosos que permanecen fuera de sus conventos, son como los peces fuera del agua; se les necesita obligarles á observar su clausura, pues hicieron voto de retirarse del mundo.

21. Todo comercio, tráfico y venta será desterrado de las casas y conventos de religiosos, castigando á los que incurren como transgresores de los sagrados cánones y como á sujetos que privan al monarca de sus derechos.

22. Tampoco deberá permitirles que vendan vino, pan, chocolate ni otro comestible, ni menos que tengan boticas, tahonas ni otra cosa que huela á comercio, para que no tomen el espíritu secular tan contrario á los religiosos.

23. Destiérrese de los religiosos el aubicismo, que ninguno de ellos tenga empleo en palacio, para que de este modo se eviten los empeños y protecciones para sus fines, tan perjudiciales al Estado.

24. Jamás se confíe á ningún religioso la educación de ningún príncipe de la corona, á menos de que se conozca

muy claramente su gran virtud y desinteresada conducta.

25. No se admitirá en ninguna casa de oficial de la corona á religioso alguno, porque saben tan bien el modo de insinuar con las mujeres que, apurándolas con arte, indagan lo que no les conviene saber.

27. Tantos colegios como tiene vuestra majestad de jesuitas en su reino, son otras tantas repúblicas independientes, que no conocen más superior en la tierra que un general lo que causa grandes daños al Estado.

28. Entre las multiplicadas quejas que tenemos de los países donde están establecidos, son los mayores su codicia, soberbia, tráfico ilícito, mala conducta y doctrinas lo que practican con el mayor atrevimiento, porque están autorizados para ello.

ANTONIO PÉREZ

Máximas y observaciones dirigidas á Enr que IV de Francia.

Murmuraciones

Rí'g'os es un pueb'o de Huesca. En R'g'os se cometió un infanticidio. ¿Quiénes fueron los autores de esa sa'va'ada? La gente dió en murmurar que si el señor cura, que si el ama...

¡Pero la calidad de los protagonistas!.. No era posible: los curas son castos, las amas son continentes.

No obstante, el obispo llamó al cura, y éste acudió.

¿Qué pasó entre los dos padres de almas? Se ignora. El presbítero huyó y no se le ha vuelto á ver el pelo; el ama intentó suicidarse; la justicia no ha dado con el cuerpo del delito...

Cosas del diablo, que se empeña en volver lo blanco negro para dar lugar á murmuraciones contra la gente de Iglesia.

¡Y á mí que me gusta tanto divulgarlas! Como que el diablo siempre tiene razón.

EL MONQUISMO SIN CARETA

¿Qué ha sido (en el siglo xv) del ideal de los San Bernardos, de los San Anselmos, de los San Franciscos? La realidad corresponde al ideal en un sólo punto: el desprecio de la ciencia. «La principal de los frailes, dice Erasmo, es no saber nada, ni aun leer.» ¿Qué ha sido de la perfección cristiana en el seno de las órdenes monásticas? Gerson responderá por nosotros: «Las religiones ficticias de los frailes, lejos de conducir á la perfección, son con mucha frecuencia un estado de imperfección.» ¿Cuál es la imperfección de que tan amargamente se queja el gran canceller? Por todas partes se elevan voces contra los nuevos fariseos. Los testimonios son tan abundantes que hay que escoger. Citaremos algunos rasgos del cuadro trazado por un escritor que vió la hipocresía de cerca, puesto que fué secretario de varios papas. «Se os llama comediantes, dice Leonardo Aretino dirigiéndose á los

frailes, y se os hace favor, porque sois peores que los histriones; éstos se ponen una máscara para divertir á los espectadores: vosotros lleváis la máscara de la virtud para la ruina de los fieles; los actores representan sus farsas en un lugar profano; vosotros mancháis el santuario de los templos... Vuestra hipocresía crece en proporción de vuestra pretensión á la perfección; sepulcros blanqueados, brillan por fuera; ¡miradlos por dentro y no hallaréis más que podredumbre!... Ved esos humildes, con la mirada apagada, los ojos bajos; los tomáis por santos; pero si los ofendéis en la menor cosa, su cólera y su furor estallan; los creéis Agamenones, Aquiles ú otro héroe cualquiera de los más irascibles y orgullosos.»

Despojemos á la hipocresía de su máscara; ¿qué quedará? Clemangis nos lo dice: «Los frailes han prometido renunciar al mundo, á fin de no ocuparse más que de la contemplación de las cosas celestiales; han prometido ser modelos de castidad, de obediencia, de pobreza. Pero su vida es completamente contraria á sus votos; tanto no han renunciado al mundo, que se les encuentra en todas partes menos en sus celdas; se mezclan en todo, excepto en la observancia de su regla; la abdicación de la propiedad se ha convertido en avaricia; la continencia se ha trocado en desenfreno. No son monjes más que por el hábito.» Su vida contrasta con el nombre que llevan: «No hay gentes, dice Erasmo, que tengan menos religión que los que hoy se llaman religiosos; y puesto que *monje* significa *solitario*, ¿a quién puede convenir peor ese nombre que á hombres á quienes se ve en todas partes?» La vida espiritual no es más que una ficción; no difiere en nada de la vida secular; Gerson lo dice: «Los clérigos no tienen más que un afán, el amor del dinero y la ambición de los honores temporales; en lugar de la regla de San Benito, siguen el precepto de Horacio: *¡la riqueza ante todo, la virtud después de los escudos!*»

¡He aquí á dónde conduce el ideal de la perfección cristiana! Los frailes no tenían de la vida espiritual más que el exterior; bajo esta apariencia de espiritualidad ocultaban todas las pasiones de los laicos; los espirituales eran lo mismo que los seculares; con un vicio más: la hipocresía. Entonces ¿para qué los frailes?

F. LAURENT

Ejercicios de tiro

Un periódico neo de Bilbao anuncia malévolamente para este verano varias huelgas parciales y una general que terminará en rev. lución.

Se ve á dónde tira: quiere preparar, por miedo insuperable, la vuelta de Maura. ¡Ojalá acierte, aunque equivocándose de blanco; esto es, que no marque el tiro, pero sin lograr las consecuencias implicadas en sus insidiosas apuntaciones!

Por lo demás, si por mí no llueve agua Dios. Precisamente está deseando experimentar alguna emoción decente.



SECCION AMENA

La rogativa

El señor cura de Polatrancia, después de haber celebrado la misa, se entregaba á los delicias de la mesa. ¡Con qué fruición sumergía los pedazos de pan tostado en la taza llena de chocolate, y con cuánta codicia los llevaba luego á la boca, donde quedaban sepultados!

Engolfado en esta faena sorprendió al cura un feligrés, que con el sombrero en la mano y el aire encogido, saludó al padre de almas.

—¡Hola, buen mozo! ¿Qué quieres? Chocolate supongo que no será. En el canjilón queda poco, y además no creo que tú acostumbres á tomarlo.

—¡Quísa, no señor! Yo mato el gusanillo con aguardiente.

—Bueno. Y ¿qué deseas?

—Le diré á usted. Vengo en nombre de los labradores del pueblo á pedirle que nos deje sacar la Virgen en rogativa, porque el tiempo de secura va á acabar con tóo, y las simientes se van á morir en la tierra esperando el agua del cielo.

—Pues si no es más que eso—respondió el cura,—ya lo tenéis concedido. Pediremos lluvia á la Virgen, y, como es buena, nos la concederá. Avisa que esta tarde celebramos procesión.

Y así fué, en efecto. Rodeada de las devotas, y conducida por los mozos del lugar, recorrió la Virgen los alrededores de Polatrancia. Los campos secos sin un tono verde que alterase la monotonía de su color gris al reflejar los rayos del sol, que iluminaban sin calentar, producían indefinible tristeza. Cuando la procesión regresó al templo, seguía el cielo claro y transparente. Ni una nube empañaba la pureza de aquel azul dilatado por todo el espacio; al concluir la rogativa, no eran tan fervientes las oraciones como al comenzarias, y los pesimismos de los aldeanos se traducían en palabras poco reverentes para la imagen paseada con solemnidad por aquellos campos macilentos y tristes.

Varios días se repitió la ceremonia y la serenidad del cielo seguía inalterable, contrastando notablemente el esplendor y las galas de arriba con la pobreza del terreno.

La tarde que se celebró la séptima procesión, los ánimos de los devotos se hallaban exaltados.

—La Virgen—decían—no quiere atender nuestros ruegos.

Y allí, en medio del campo, comenzaron á disputar los incrédulos, que eran la mayoría, con los pocos que aún conservaban fe en los milagros de la patrona del lugar.

La disputa entre los dos bandos se agrió, y sin respetos á la ceremonia religiosa se arremetieron mutuamente los devotos y los desengañados de la imagen.

Comenzada la pelea, nadie se contuvo. Corrieron las mujeres y los chiquillos espantados, y los hombres de todas

las edades empezaron á defender con los puños sus respectivas opiniones. En lo más recio del combate, los que llevaban la Virgen sobre las andas, atropellados por la multitud, dejaron caer la imagen, y, libres ya del peso, tomaron parte también en la batalla.

El cura, echada hacia atrás la capa pluvial y levantando los brazos, reclamaba, con acento más colérico que triste, orden y paz. Los hombres seguían menudeando los golpes, y el sacristán, en tanto recogía del suelo la imagen de la Virgen, murmurando oraciones, todo contrito y acongojado.

Cesó, al fin, la contienda. Unos cuantos devolvieron la Virgen á su casa, hacia donde la llevaron apresuradamente, y el cura aquella noche habló de los impíos que, sin temor de Dios, resuelven las cosas según el uso mundano, sin acordarse de que existe el infierno para abrasar á los que incurren en herejía.

Pero ¡caso inaudito! Aquella misma noche empezó á llover, y no á chaparrones, sino continua y menudamente, como si el cielo (según decía un labrador) deseara que la tierra bebiese despacio el agua, para quitarle la sed sin producirle daño alguno.

Al año siguiente la sequía extenuó los campos otra vez, y otra vez también se presentó al señor cura un labrador, pidiendo en nombre de todos los del pueblo, que les dejasen sacar la Virgen en rogativa.

—Bueno, sí—le contestó el párroco.—Esta tarde saldrá la procesión.

—Gracias, padre.

Y el aldeano, balbuceando las palabras, añadió:

—¿Quis éramos que le pusiesen á la santa el peor manto de los que tiene.

—¡Hombre! Y ¿con qué objeto?

—Porque en cuanto lleguemos al campo, pensamos volcar las andas.

—¡Impíos! ¿Para qué?

—¡Tomal! Para que se caiga la Virgen! ¿Usted no se acuerda, padre? En el año pasado, lo que aprovechó fué la caída, no la procesión.

J. F. R.

Una gran verdad

Sean robustos ó canijos, como de verdad los quiera, raro es que un padre á sus hijos los dé su propia carrera.

No hay que indagar pareceres; esta observación fatal reviste los caracteres de una regla general.

Del mundo en la lucha loca penoso es todo ejercicio; mas como uno solo toca las espinas de su oficio,

cada cual su profesión mira con odio profundo, porque, según su opinión es la más mala del mundo

Yo le interrogué á un galeno un día, y me contestó: —«¿Quién, ¿mi hijo médico? ¡Bueno! ¡Lo que es mientras viva yo!...»

Hablád con un militar sobre asunto tan ingrato, y os dirá sin vacilar: —«¿Mi hijo militar? ¡Lo mató!»

Si á un torero se pregunta, contesta lleno de hiel: —«¡Mi hijo no muere en la punta de un cuerno en un redondel!»

Y así, de idéntico modo, cuando su opinión busquéis, contestará *casi* todo padre á quien le preguntéis.

¿He dicho *casi*? Pues bien: como observación curiosa diré que hay padres también que no piensan en tal cosa.

Alguien la severa acción infringe de ley tan dura. No hay regla sin excepción, y aquí lo es... ¡el padre cura!

F. GIL

UN CURA SOBRIO

Llego por sorpresa á un pueblo el secretario del obispo, preguntó por el cura, y su ama no supo ó no quiso darle noticia de su paradero.

Alguien hubo de decirle que estaba en la taberna, y á ella se dirigió como un rayo.

Al llegar vió salir al parroquidermo trazando carta ese como un alfabeto.

—Pero, señor cura—le dijo con tono de suave reconvencción.

—Es que he venido á predicar á estos infelices la templanza y moderación que recomienda el Evangelio.

Y se cayó redondo al peso de la ju-mera.

—¿En qué consistirá—preguntaba un guardián de capuchinos muy glotón á un lego muy pillo á quien imponía enormes ayunos—que mientras tengo el cabello negro la barba esta completamente blanca?

—Si no fuera irreverencia...

—No, habla; di tu parecer.

—Pues consiste en que las mandíbulas de vuestra paternidad han trabajado mucho más que su cabeza.

Discuten dos individuos acerca de la historia sagrada:

—¿Cómo diablos es—dice uno—que Jeshtánd hizo la promesa, si volvía vencedor, de sacrificar á la primera persona que le saliese al camino? Debió su poner que sería su hija.

—Es que quizás pensó que fuera su suegra.



Los crímenes del Carlismo

(CONTINUACION)

independencia, conquistadas á fuerza de sacrificios y derramando torrentes de sangre española.

Que comprendían muy bien sus deberes, y preferían antes mil veces la muerte peleando por su prenda más cara, la libertad, que la deshonra y la maldición eternas que sobre ellos caería justamente entregando las armas por fútiles y falaces promesas ó por amenazas cobardes.

Que todos los liberales de Cirauqui tenían la obligación sagrada de empuñar las armas, si en algo estimaban su ideal político y sus intereses, y que continuarían con ellas hasta su muerte, á menos que un gobierno legítimamente constituido, por razones poderosas de alta conveniencia y justicia, no decretara su desarme.

Que su bienestar y el de sus familias dependía de tener esas armas, y que esta idea y la de cooperar al sostenimiento de la libertad, eran móviles que les harían tenerlas, pesara á quien pesase.

Que era inútil que se insistiera en que los voluntarios entregasen las armas y municiones, que no eran suyas, sino de la patria, y sólo á ésta, en el caso indicado, las devolverían; y que ni las promesas ni las amenazas les harían desistir de sus inquebrantables propósitos.

Que habían pensado en su situación, y sólo anhelaban el momento de la lucha, para probar á sus enemigos, si ya no lo sabían, lo que eran.

Y que, si lo que no esperaban, pero pudiera suceder, á algún individuo de las familias de los voluntarios se le perjudicaba en su persona ó intereses, la misma suerte cabría á los carlistas de posición ó parientes de los que estuviesen en armas.

Ante esta digna y patriótica contestación no se atrevió Dorregaray á acometer á Cirauqui; pero más tarde, el 13 de Julio, al ver el abandono en que estaba la población, se presentó ante ella con los suyos.

Cirauqui estaba defendido sólo por sesenta voluntarios, que se hicieron en los primeros momentos fuertes en la iglesia, resistiendo bizarramente varias horas de nutrido fuego de cañón y fusilería. Los sitiadores, viendo que no podían vencerlos, acudieron á las minas y al petróleo.

Prendió el fuego voraz; los sitiados, careciendo de agua suficiente y de los útiles necesarios para combatirlo, capitularon bajo solemne promesa de quedar libres, previa entrega de armas y municiones, para trasladarse al punto que les conviniese.

Mas apenas entregaron sus fusiles, penetró en la iglesia la cuadrilla de bandidos y una chusma asquerosa de paisanos, hombres y mujeres, y comenzó una horrible carnicería, muriendo 36 de aquellos bravos y salvándose por milagro 23.

¿Quién podría describir aquellos horrores con los acentos de indignación que merecen? Ninguno mejor que un testigo presencial, que se batió tan bravamente como todos, y que se libró por milagro de la matanza, cual si estuviese destinado, como más tarde lo hizo, á realizar sorpresas y hazañas inconcebibles contra los miserables que asesinaron á sus heroicos compañeros. Me refiero á D. Tirso Lacalle, conocido por el *Cojo de Cirauqui*, que tan célebre se hizo después como guerrillero.

He aquí el parte detallado que pasó al gobernador civil de la provincia de Pamplona, parte que es un padrón de ignominia para el carlismo.

Parte detallado que el jefe de la fuerza de voluntarios de la República de Cirauqui pasa al señor gobernador civil de la provincia, sobre los horribles asesinatos perpetrados por el grueso de las facciones el día 13 de la fecha.

«Honda y tristemente impresionado ante el recuerdo de los horribles sucesos ocurridos en Cirauqui el día 13 del que rige, con motivo de la rendición de la compañía de voluntarios de la República, á la que he tenido la alta honra de pertenecer, tomo la pluma para hacer á V. S. la historia de tales acontecimientos en todos sus detalles, á fin de que pueda apreciarlos convenientemente.

Eran sobre las seis de la tarde del día 11, cuando de súbito aparecieron coronadas de carlistas las crestas de unas alturas situadas al Norte de Cirauqui, observándose además que las facciones de Elío, Dorregaray, Ollo, etc., etc., descendían hacia Mañeru. Este movimiento me indicó que, ó bien los carlistas ocuparían el segundo punto (Mañeru), en cuyo caso era probable intentasen un ataque separado ó simultáneo á los destacamentos de Puente y Cirauqui, ó que, perseguidos de cerca por nuestras columnas, se verían obligados á vadear el Arga junto á Mendigorria con dirección al Carrascal.

Apresuréme á mandar varios propios á Larraga y otros puntos, con objeto de que llegase á noticia de los jefes de destacamentos, autoridades y jefes de columna la situación de la facción y mientras ésta verificaba su descenso hacia Mañeru, ocupé con una fuerza de 15 voluntarios algunas alturas entre Cirauqui y la expresada villa de Mañeru, desde las que observé sin riesgos sus

movimientos, retirándome al Fuerte al anocheecer.

Ocupado Mañeru por los carlistas, y en vista de que éstos tenían distraídas fuerzas en el término municipal de Cirauqui, comprendí que se nos había puesto sitio y la necesidad de tomar las precauciones convenientes á combinar un plan de defensa para el caso de ser atacados.

Sin que nada importante y que merezca reseñarse sucediera por espacio de cuatro horas, á la una de la madrugada del 12 recibí mi amigo y capitán D. Joaquín Iriarte una carta de D. Antonio Dorregaray, fechada y firmada en Mañeru, intimándonos la rendición, y á que en nombre de la compañía contestásemos que estábamos resueltos á morir antes que capitular, y que podía atenderse á la carta que con fecha 27 de Febrero le dirigí dicho D. Joaquín Iriarte, de la que acompaño á V. S. un ejemplar.

Al amanecer de este día, advirtieron nuestros centinelas que la facción se hallaba diseminada en los alrededores de Cirauqui, y me propuse molestarla con frecuentes salidas, consiguiéndolo en efecto, pues varias veces viéronse retirar las avanzadas hasta ponerse á cubierto de nuestros tiros.

A las seis y media de la tarde hubo un armisticio de una hora, solicitado por Dorregaray, y durante el cual los cabecillas Rosas y Miguel Urri trataron con D. Joaquín Iriarte y D. Benito Vera acerca de la capitulación, á la que no se accedió, después de consultar á la compañía de voluntarios.

A las doce de la noche, avisados por los centinelas que dentro del pueblo se oían fuertes rumores y golpes en las puertas, cada voluntario ocupó su puesto, según de antemano se tenía previsto, bajo las órdenes de sus jefes respectivos.

No habría pasado media hora y á distancia de unos cien metros, se oyeron claramente las voces de «¡han de morir esos herejes, ladrones, infames!» Se contestó en adecuadas frases, y creyendo el voluntario Román Apesteguía divisar un bulto en una esquina le hizo fuego.

Esta fué la señal para que por ambas partes se rompiese con igual energía. Muy pronto se oyó la voz del liberal don Agustín Jarauta, en cuya casa se hallaba Dorregaray, que decía: «¡Román! ¡Román! No hagáis fuego, que voy á pasar ahí por orden del general.»

Se suspendió el fuego, y efectivamente, se personó en el fuerte Jarauta, quién de parte de dicho cabecilla dijo al que suscribe, comisionado para recibirle: «De parte del general...» «¿De qué ge-

(Continuará.)

(FOLLETÓN 49.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

Y siguen, y siguen, y seguirán haciendo de las suyas, no reconociendo ya límite ni rebozo, dado que los antiguos jefes de partido, Cánovas y Sagasta, monárquicos, y Ruiz Zorrilla, republicano, no han tenido sustitutos ó sucesores que no les sean muy inferiores en aquellas calidades que más importa que tenga el hombre público que acaudille una gran causa; creen, por lo visto, que por lo mismo de haber pertenecido á los gobiernos ó partidos que trajeron sobre la nación el gran desastre, nadie ha de conocer mejor que ellos el mejor remedio; se figuran que para servir perfectamente los intereses patrios, la brújula más segura es el interés propio; y no se les ha ocurrido que, una vez terminada la regencia, lo que la lógica y el patriotismo exigían de consuno era que todos los que desde los primeros puestos de responsabilidad ó de importancia habían intervenido en los desastres patrios, hubiesen dicho al monarca:

«¡Cuenta nueva, señor! Aunque sean injustos con nosotros los que nos atribuyen la mengua y daño que ha experimentado la nación, como, ya que no culpables, no puede negarse que hemos sido desgraciados, nada más natural que desee mos que V. M. se rodee y acompañe de gente más afortunada. Y en la esperanza de que los que nos sucedan tengan efectivamente ó mejor suerte: ó más acierto, bueno será siempre, de todos modos, que se sepa y se vea que la situación que hoy comienza es por completo inocente de cuanto anteriormente ha ocurrido, puesto que nosotros, responsables ó no, desde este mismo momento, no sólo por conveniencia general, sino por el propio decoro, vamos á quitarnos de delante.»

Mas, para proceder así, habrían tenido que tener eso: «propio decoro», por otro nombre «pudor», que es una cosa que no valdrá más que el deber ó la virtud, pero que es más necesaria que ambos para la conservación de toda sociedad culta. Y la verdad es que si la española se conserva todavía en pie, es porque las mujeres no han comenzado todavía á perder eso: el pudor; porque lo que

es los hombres, evidentemente lo tienen ya perdido por completo.

CAPÍTULO XXVIII

DEL «BACILLUS FLAMENCUS» DE QUE AQUELLA MONARQUÍA TIENE INVADIDO TODO SU ORGANISMO.

A poco de comenzar á reinar por sí y ante sí, Alfonso XIII pasó en Carabanchel (afueras de Madrid) una gran revista militar, acto en que montó un hermoso caballo que un tío o de Castilla ú otro prócer le había regalado á aquel efecto.

Desde luego es de suponer que el corcel de que se trata había de llamarse de algún modo; y el lector se figurará que, ya que no se llamase Bucéfalo, como el de Alejandro; Babieca, como el del Cid; Turco, como el de Napoleón; Alí, como otro del mismo Alfonso XIII; ó siquiera Rocinante, como el de Don Quijote, el primitivo dueño le habría puesto un nombre, histórico ó no, digno, cuando menos, de un buen caballo. Pues bien, el noble corcel era llamado «¡Pitimal!» (nombre informal y no muy culto de la borrachera, como borrachera es el nombre vulgar de la embriaguez).

Esto no es más que un signo de los tiempos y de las costumbres, es decir, un simple rasgo del flamenquismo reinante en todo aquel país, y que se hace sentir aun tratándose de las cuestiones más serias, de los asuntos más graves. Pues sí, como venimos viendo, para que la vida no sea más que pura guasa, el vivir un continuo holgorio, no hay como lo español; todavía entre lo español sobresale lo andaluz; de lo andaluz, nada como lo torero; y de lo torero, nada como lo flamenco. Y como lo flamenco domina en lo torero, y lo torero impera en el país, he aquí cómo, sin duda, al país ha llegado á invadirlo lo flamenco.

Ahora bien, para dar á conocer qué sea lo flamenco, el autor desearía poner al lector en contacto con tal ó cual familia de toreros, flor y nata de toda la torería y flamenquería juntas. Pero á falta de tal posibilidad, procurará dar idea fiel del modo de ser de ellas, diciendo que son gente sumergida en el más cálido ambiente de broma y gracia, en que no falta nada que se pueda imaginar de picante ó libre, ni tampoco escena de escándalo y salero, ya viva y efectiva, ya descrita con los más gráficos y pintorescos toques. Todo lo cual no pasaría de ser muy divertido, si

no fuera por el quebranto unas veces de la moral, otras del decoro que suelen traer las bromas, que frecuentemente pasan de castaño oscuro, y porque, como en la azarosa vida del torero tiene que suceder, suelen ir entremezcladas con sucesos muy trágicos.

De las bromas que no sólo pasan de castaño oscuro, sino que suelen salir al bromista un poco caras, quizás no podríamos recordar otra mejor que la de aquel matador conocidísimo, muy chusco y muy mujeriego, que, enamorado de una agraciada bailadora de café cantante, solicitándola, y no dándose ella á partido sino con arreglo á lo que la Santa Madre Iglesia ordena y manda para el santo negocio, el hombre, por conseguir á la mujer, no anduvo con remilgos, sino que, ayudado de un picador de su cuadrilla, que «picó» entonces de párroco, y dos banderilleros que «parearon» de testigos, simuló el exigido sacramento, y se apresuró á consumar la suerte.

Todo marchó luego á las mil maravillas unos meses; mas cuando la exbailadora llegó á conocer lo sucedido; cuando, necesitando acreditar por documentación su casamiento, halló que la partida original, de puro original, era serrana (la más serrana que puede jugarse á una mujer), llena de la mayor y más justa indignación, puso las cosas en tal punto, que no valió al diestro su destreza. Y sólo por los buenos oficios del gobernador de la provincia y de un conocido y apreciado sacerdote, pudo el matador librarse del presidio y regularizar ó legitimar su estado de casado, no sin que aquel golpe de gracia llegase á costarle, entre sacristanes y alguaciles, la mejor parte de su hacienda, una «fortunilla» hecha en pocos años, pero á fuerza de fatigas, quiebros de varias clases y sustazos. Y no decimos de cornadas también, porque el hombre, gran torero, pero mal matador, se mostraba, al par que muy conocedor, muy temeroso del toro, al cual, por esto, se arrimaba tan poco, que, como el animal no le tirase un cuerno, difícilmente podía ser alcanzado. Cogida grave, sin embargo, no dejó de tener, pero fué (en tiempo y en lugar) *posteriormente*. Es la que dió origen á la siguiente escena.

Una tarde de toros, en Madrid, la mujer del matador y una hija que él había tenido en otra unión anterior, oyen de pronto gran ruido y rumor